





100  
PARIS

Dib. TONO.—Paris.

- ¿Pero otro sombrero?
- Me lo acaba de mandar **Madame Rosario**.
- Sí... Luego me paso la vida tragándome cuentas de Rosario.



# LIDA



---

## Crema reconstituyente

---

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, y devuelve al *ro* rostro su tersura y lozanía *ro*

---

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  

---

MADRID

---

# SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

## CUPÓN

correspondiente al número 128

de

## BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



## CUPÓN NÚM. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de mayo.

7. — Nación.

JUEGO DE CARTAS

MAR

SOMBREROS  
**BRAVE**  
6 · MONTERA · 6

10. — Ganadería de reses bravas.

BROMA

MAMÁ DE CÁSTOR

8. — Jeroglífico hortelano.

Lo que yo contesto si me piden un duro por un manojo de rábanos. (Me refiero al manojo.)

NOTA

9. — Sepulcral.

PRONOMBRE

EN MURCIA

SEGURA



Dib. PERAL. — París.

— *¿Ves a Aurora, que parecía tan formal? Pues hace un mes que la presté mi paraguas, y es tan fresca, que aun no me le ha devuelto.*

— *¡Por algo sus amigos la llaman Aurora boreall...*

11. — De aerostación.

100 A

AUTORIDAD MORA

1

12. — De la Tabacalera.

— *¿Se prima-cuarta, por fin, tu cuñado?*

— *Si; le resulta dos-cuarta la decisión de permanecer acá...*

— *La cuestión es ver si le terciacuarta el propósito.*

— *Él, mientras pueda negociar en todo, irá viviendo.*

Para las condiciones de este Concurso, véase el número 127.

BUEN HUMOR se vende en París en el kiosco 1.º del bulevar  
de la Magdalena (frente al número 27)



## Buena pasta y mucha espuma

son los distintivos del buen jabón de tocador. Esas cualidades, a más de un perfume exquisito, persistente hasta el final de la pastilla y que no pudo ser imitado por ninguna otra marca, son las que reúne el

## Jabón Heno de Pravia

Limpia, blanquea y suaviza. Estimula la cohesión de los tejidos, comunicándoles tersura y fragancia. Proporciona una deliciosa sensación de frescura y bienestar. Es el jabón ideal que usan con toda confianza las personas de cutis fino y sensible.

### DESCONFÍE USTED

*de quien le ofrece los productos de la Perfumería Gal a precio más reducido. En todos los comercios de España, Baleares y Canarias, se venden a los mismos precios que en sus tiendas de Madrid y Barcelona. Es lógico sospechar de quien renuncia al modesto margen de utilidad en la venta*

PERFUMERÍA GAL. - - MADRID

Madrid, 11 de mayo de 1924.

## “ ¡ A M Í , P R I M I ! ”



INDUDABLEMENTE, no hay mal ni bien que cien años dure.

Benítez conocía este adagio; pero no por eso se consolaba de sus males. Cuando vino a este pícaro mundo ya era desgraciado, pues, según él, su padre había muerto hacía doce años. Nació en casa de un tío suyo, solterón empedernido, natural de Valladolid y un poco usurero. No seguimos paso a paso su vida, pues, aparte de lo cansado que resultaría, se nos pondría el corazón en un puño.

Con este tío, en el sentido familiar de la palabra, se crió y educó el pobre Benítez.

Jamás supo lo que era tener una peseta; pero mientras vivió el tío supo lo que era comer a sus horas, aunque estas horas no se prodigaban mucho, dicho sea en honor de la verdad.

El tío murió de resultas de una operación; más claro: de resultas de un préstamo usurario. Fué tal el berrinche que se tomó, al ver que no podía cobrar, que dejó este pícaro mundo, jurando no volvería a prestar ni un céntimo, dado el caso de que en la otra vida se acostumbrase a hacer operaciones de esta índole.

Benítez, que no se había apartado nunca de su tío, sintió sinceramente esta separación; mas se consoló pensando que la fortunita del avaro tío pasaría a sus manos, pues él era su único pariente.

Intentó cerrar los ojos del pobre tío, ya fiambre; pero no pudo conseguirlo. Aquellos ojos no se cerraban ni con la muerte, y de este modo seguía inspeccionando todo aquello que le pertenecía, temeroso de que se lo arrebataran.

Después de dejarle en el cementerio, bastante bien recomendado, por cierto, volvió a su casa el pobre huérfano de tío, y aunque empezó a subir las escaleras despacio, preocupado y triste, terminó la ascensión como si llevara

alas, pues se acordó de repente del testamento, que, sin ningún género de dudas, se habría servido hacer en honor suyo aquel tío que le había dado el ser.

No tuvo que buscar mucho: al abrir el cajón de la mesa del despacho, sus manos tropezaron con un sobre en el que había escrito, con una redondilla bastante bonita, por cierto, las siguientes palabras: «Para mi sobrino Policarpo Benítez, y personas que le acompañen.»

Antes de romper el sobre se acordó Benítez de que hacía cuarenta y ocho horas que no tomaba alimento, y como él solía tomar algo, por lo menos, cada treinta y seis, se comió unos chicharrones, que le consolaron mucho; ya más resignado, abrió el sobre; dentro de éste

había una cuartilla, y en ella se leía: «¡Estoy arruinado! En el otro cajón encontraréis una caja de cartón con siete duros en plata, y una navaja de afeitar. Vacía la caja en tu bolsillo y vacía la navaja donde te lleven más barato (en la calle Mayor te servirán bien; di que vas de mi parte). ¡Adiós, Policarpo! ¡No te apures!»

Esto último no sabemos si se refería a los siete duros o a la navaja de afeitar.

A partir de este momento, fué la vida para Policarpo una película de gran metraje y de una intensidad dramática verdaderamente abrumadora. De esta película relataremos sólo un episodio.

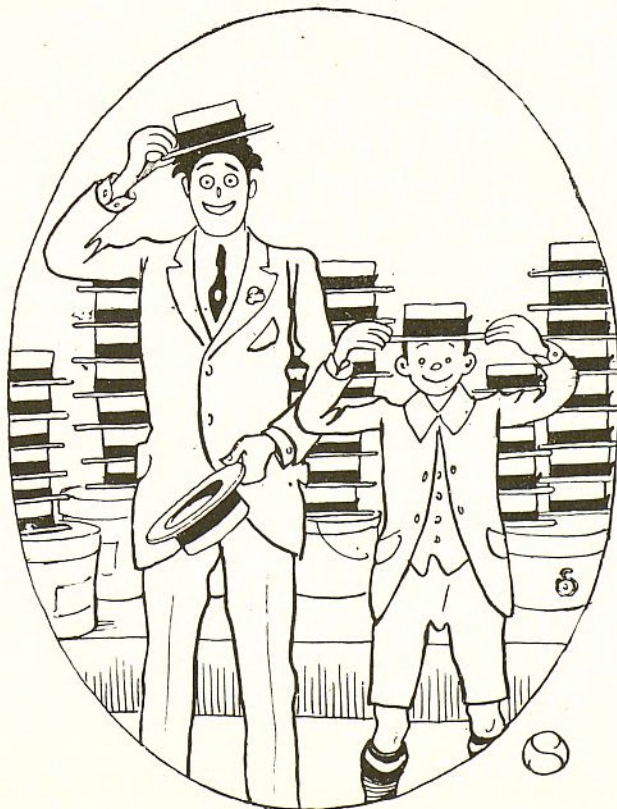
Habían pasado cuatro años, y Benítez había hecho de todo para procurarse el sustento; y acordándose de que en su juventud había tenido sus pujos y ribetes de literato, pensó en el Teatro como medio de salvación.

Cuando se le ocurrió esta idea era tiempo de elecciones, y aprovechando las candidaturas que le ofrecían buenamente, se sirvió de ellas como cuartillas, y después de un trabajo incesante de cuatro meses, terminó un drama simbólico en siete actos y en verso de cuando en cuando. El drama se titulaba *A mí, Primi!*, y aunque el título, a primera vista, no era muy dramático, no podía negársele, en cambio, cierto simbolismo.

Sin más recomendación que el apetito, se presentó en uno de nuestros principales teatros, del cual era empresario un señor que, naturalmente, no entendía una palabra de estas cosas.

Aquel señor tenía el teatro como podía tener una frutería, y daba el visto bueno, o el malo, según le pillaban, respecto a todo lo que se estrenaba en su coliseo.

Escuchó la lectura del drama después de comer; tenía buenas digestiones, y prometió «echársela», como él decía, pero con una condición: le haría solamente el segundo



Dib. SILENO. — Madrid.

acto, que, a su juicio, era el que tenía más gracia; además, era en el que moría menos gente.

Policarpo quiso protestar; pero se acordó del estómago, y consintió en estrenar sólo el segundo acto, consolándose al pensar que los otros cinco podría estrenarlos más adelante.

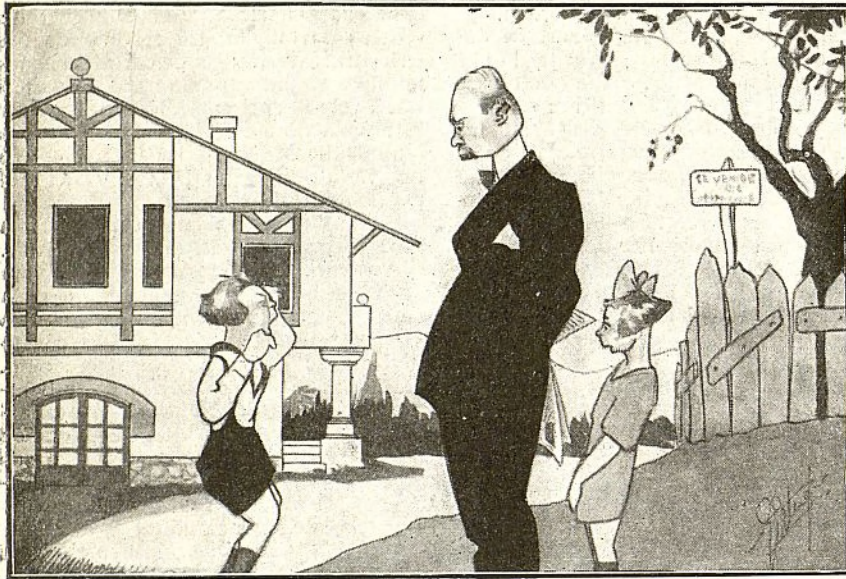
Llegó el estreno, y el público que llenaba el teatro creyó que le faltaban al respeto, y quiso linchar al autor. Este protestaba más que el público, y para demostrar que su drama tenía lógica, quiso leer el acto primero, y mientras

el público protestaba cada vez con más fuerza, él, gritando como un energúmeno, leía el título de su drama: ¡A mí, Prim! ¡A mí, Prim!

Esto no lo tomó el público como título, sino como desvergüenza, y Policarpo Benítez durmió aquella noche en la Comisaría, reclinando su cabeza sobre los otros actos, que el indignado público no quiso escuchar.

Indudablemente, era el empresario el que debió dormir aquella noche en la cárcel.

Luis CANDELA



Dib. ORTEGA. — Madrid.

— Pero ¿por qué lloras así?  
— ¡Ya no me acuerdol...

## LA MENTIRA DE LA ESCALERA

El rasurado director de la acreditada Sociedad de seguros «La Buenaventura», montada a lo norteamericano, «porque como aquel país no hay otro», adquirió para los grandes locales de la misma una habitacioncita de los bajos de un importante rascacielos. Muy buena idea, porque el edificio entero, y algunos pisos más, iban pintados en los papeles de cartas con unos autos diminutos pasando por la puerta.

Los legajos fueron del viejo al nuevo local en siete camiones puestos en fila. Juraría que no se perdió ningún papel. Los descargamos como los ladrillos de las obras: pasando de mano en mano en una cadena de hombres. Si uno se paraba para rascarse, ese momento iba pasando de unos a otros.

— ¡Todo al sótano! — dijo el director de los ojos claros, que se afeitaba hasta lo de dentro de las arrugas que le cruzaban las mejillas. Y la cadena de hombres torció sus eslabones con dirección al sótano, que era otra pequeña habitacioncilla húmeda.

— Señor director: que el sótano está lleno y hay tres camiones por descargar.

— Déjenlo desordenado, que ya lo resolveremos. Yo confío mucho en mi inteligencia y en mi actividad — dijo sin inmutarse el norteamericanizado.

Los últimos legajos subían por la escalera, y uno quedaba por encima del nivel del suelo. El sotanillo estaba rotundamente lleno. Si los legajos tuvieron amores, en el más leve suspiro hu-

bieran levantado el piso de los bajos como la tapa de las escaleras que bajan a las cuevas de las *tascas*.

El director nos llamó a los tres que éramos de su confianza:

— He resuelto nuestro conflicto. Soy un hombre admirable. Discurrir me resulta amenísimo. Nosotros solitos, sin que nadie se entere, vamos a hacer un sótano «B» sin pagar un céntimo por el solar: sólo continuando un piso la escalera de caracol que baja al que tenemos...

— Habrá que sacar los escombros. Lo notará el portero... — dijo uno que no era yo. Yo no me atrevía a hacerle meditar al director; yo le sonreía siempre.

El jefe bajó la frente en arrugas; la subió de pronto en arrugas, también, y dijo:

— ¡Ya está resuelto!... ¿He tardado? — preguntó sonriendo; y continuó: — Le diremos al portero que es que tiene caries una muela de la casa en nuestra habitación, y que no le extrañe ver salir escombros por la boca del edificio.

— ¡Oh, señor, eso es magnífico! — dije yo.

Subimos los legajos para que no nos estorbaran, e hicimos unas escaleras de tierra y una habitación de tierra con las aristas matadas en redondo.

— Señor, aun no es suficiente — dijo uno.

— ¡Ea, hagamos un sótano «C»! — dijo él con una alegría y una animosidad encantadoras.

El negocio prosperó grandemente. «La Buenaventura» aseguró todos los dedos de todos los profesores de todas las orquestas, y algún que otro dedo suelto; y había que confeccionar un expediente para cada dedo. Además, aseguró un sin fin de plumillas contra accidentes de caer al suelo y casi todos los sombreros de esos abonados a los toros que los arrojan al ruedo.

Se precisó entonces un sótano «D», y la escalera de caracol fué prolongada, sin que de esto se enterase siquiera el personal nuevo de la oficina.

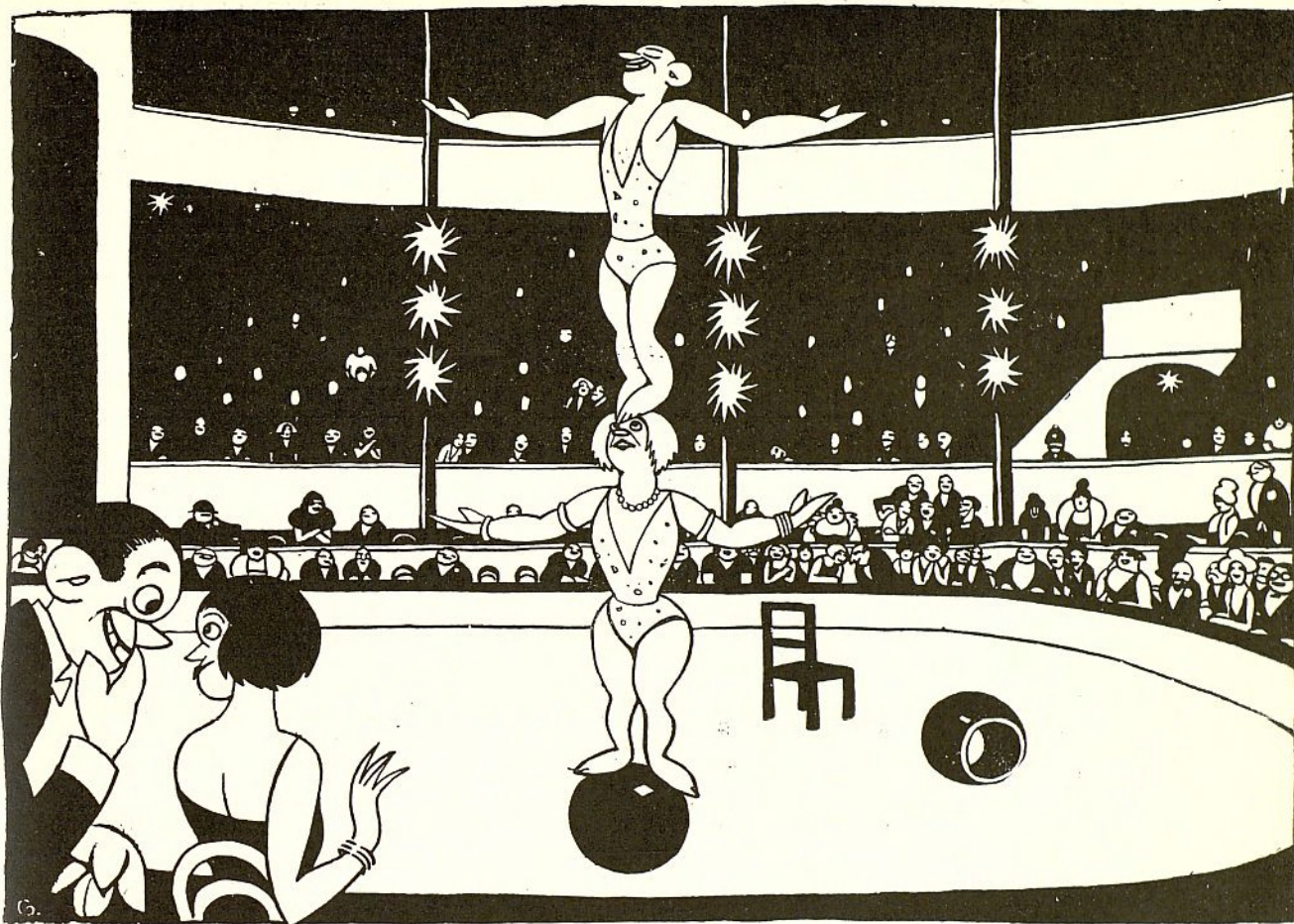
xxx

— Señor Robles — me dijo un día el director —: ¿quiere usted hacerme el favor de traer la documentación completa del año... del año... 64?

— ¡Oh, señor, con muchísimo gusto!

Y silbando alegremente, porque el director estaba muy bien conmigo, y con ese trocillo cascabelero del que conoce bien una escalera, comencé a bajar el caracol sin contar los pisos, ya que sabía que hasta el año 82 inclusive todo estaba en el último sótano.

Mas yo comencé a sospechar que ya eran muchos peldaños. Sin duda, eran demasiados ya... Sí, sí; yo no había bajado jamás tanta escalera — pensé, continuando a ver dónde acababa esto. Y bajé más, muchos peldaños más... ¡muchos más!...



Dib. GARRIDO. — Madrid

— Estos artistas de circo son todos unos vagos. Ya ves, a éste, su mujer es la que tiene que sostenerle.

Y he aquí que de pronto mi planta tropieza con algo plano, que no era un nuevo peldaño, pues cedía y volvía a apretar de nuevo...

¿Qué sería aquello, tan extraño y misterioso? Aparté la planta de mi pie hacia otro lado, y aquello empezó a subir hacia mí... Encendí el mechero... Entonces me di cuenta de que era la planta del pie de un hombre medio desnudo, extraño de raza, con plumas en la cabeza, que bajaba en sentido contrario; quiero decir que subía hacia mí, aunque él, en sí, «bajaba hacia arriba». No se cruzaron en un mismo peldaño nuestros cuerpos, como con el de una vecina cualquiera de mi casa, no. Primero estuvieron a la misma altura nuestros pies; yo seguí bajando; él siguió subiendo cabeza abajo; después estuvieron a la misma altura nuestras cinturas; por último, nuestras cabezas...

En este momento, y según mi educación de escaleras, dije:

— ¡Buenas!... — patinando mi s...

— ¡Buenas!... — contestó patinando la suya.

¿En qué quedaría esto?... Yo..., ¡adelante! o ¡abajo!, seguí bajando, seguí bajando muchos kilómetros y kilómetros seguramente. Y cuando ya se me iban rindiendo las piernas, observé que los escalones comenzaban una escala de claridades de menor a mayor. Seguí. Al fin vi un agujero de luz y muchas cabezas con plumas, asomadas como la rueda de cabezas que a veces se reflejan en el agua de un pozo.

Retiraron sus narices, y primero salieron mis pies; luego la cintura; por último la cabeza. Di la vuelta; me mareé un poquito...

— Ya pasó. No ha sido nada — les dije —. Explíquenme...

— Nosotros somos sus antípodas...

— Mucho gusto...

(Inclinaciones de cabeza.)

— Un compañero nuestro se propone atravesar el planeta, y ha hecho una escalera de caracol. Para ahorrarse traba-

jo puso un forendoscopio a la tierra, y la ha agujereado hacia donde se oía el ruido más cerca, que era en las oficinas de «La Buenaventura». Se habrá usted cruzado seguramente con el expedicionario...

— En efecto; mas no me ha dicho nada.

— Es muy corto. Ayer terminó las obras, estuvo en los sótanos de ustedes, y no se atrevió a decirles una palabra... No sé si hoy lo habrá hecho...

— Bueno, bueno; yo me voy, que tengo que llevar unos papeles a mi director.

— Venga usted de cuando en cuando, ¿eh?

— Sí, lo haré. Gracias.

Bajé hacia la oficina. En el camino:

— ¡Buenas!...

— ¡Buenas!...

¡Cómo se rieron después mis compañeros, al verme aparecer: primero, los pies; luego, la cintura; por último, la cabeza!...

ANTONIO ROBLES

# LA TOS FERINA

El señor Sik había decidido pasar la tarde del domingo en el café poniendo en orden sus papeles. El señor Sik sabía que en su casa no sería posible hallar tranquilidad.

Pero ¿por qué el señor Sik llevó al niño de pecho con él? Nadie sabría responder, teniendo en cuenta ese deseo de trabajar.

Se metió en aquella sala y dejó al niño junto a él; sacó sus papeles y comenzó su labor.

Prontamente se hubiera podido observar lo absurdo de su pretensión. El café se había ido llenando de gente, gente de domingo, familias con todos sus niños. Allí estaban Periquito, el que imita al automóvil por entre los veladores. Juanito, el que derriba las sillas por

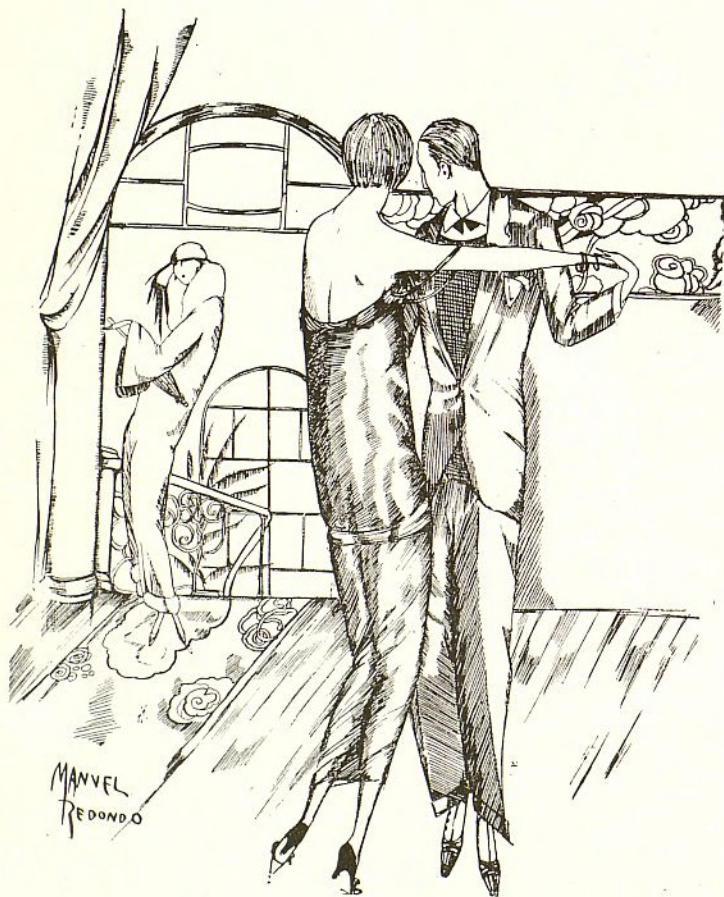
montar a caballo. Luisito, el que llora largas horas. Pedrito, el que pregunta sin cesar. Carlitos, el que observa atentamente a la gente que no conoce. Lorencito, el que hace el tren con un vaso por todas las mesas. Y, por fin, Pepito, inigualable en la imitación de bocinas, *claxons* y ruidos diversos.

Todos ellos, en plena libertad, daban rienda suelta a sus diversas aficiones, lo que formaba un conjunto encantador.

Las familias, distraídas con la conversación, apenas reparaban en sus vástagos.

Los niños eran la alegría del café. ¡Tiernos angelitos, alegres y locuaces! Luisito llevaba media hora llorando.

Las familias, sin conocerse, se lanzaban unas a otras sonrisas de simpatía.



Dib. REDONDO. — Madrid.

— ¡Qué vergüenza!... ¡Ya nos ha sorprendido esa señora abrazados más de diez veces!...

— No te importe: es muy aficionada al cine...

¡Y es que nada une tanto como esos dulces diablillos que llevan la alegría allí donde van!

Periquito ya había tirado al suelo un servicio entero de café, al tomar un viraje.

Al recogerlo, el camarero se había permitido mostrar un gesto de disgusto, lo que había producido la reprobación de las familias.

¡No se le puede exigir gran comportamiento y seriedad a un niño pequeño; si hubiera sido suyo, no se hubiese enfadado tanto!

Acababa Pepito de imitar con rara propiedad el camión cargado con barras de hierro, cuando el señor Sik, que no había dejado de escribir ni un momento, se inclinó hacia su niño, que debía de dormir, dada su discreción e inmovilidad. Mas fué un grave error, pues al despertar le acometió uno de esos terribles accesos de tos que denotan la existencia de esa terrible enfermedad que hace estragos en la infancia.

Las familias, al comienzo, no se dieron cuenta, y Juanito pudo destrozarse dos sillas; pero la tos era tan insistente y tan agobiante, que acabó por distraerles de su charla.

El señor Sik, indiferente a la tos de su hijo, seguía escribiendo.

Las madres le miraban con verdadero odio; se oyeron frases lapidarias y graves sentencias: «Hay hombres sin corazón.»

Sin embargo, aquella tos persistía tenazmente, tanto, que parecía imposible que el chico pudiese resistirla. Se estaba esperando que, de un momento a otro, cesase por faltarle la respiración; pero el niño, ¡ángel de Dios!, debía de ser de robusta naturaleza, pues resistía el terrible ataque.

Apenas llevaba unos minutos Lorencito conduciendo el rápido de Irún por la mesa del señor Sik, silbando desafiadamente, cuando su mamá le llamó.

— ¡Lorencito, ponte el abrigo!

La familia de Lorencito evacuó el local, no sin haber dicho en alta voz algo como «cuando se tiene un niño con enfermedades contagiosas, se lo deja uno en casa».

La segunda familia en marcharse fué la de Carlitos, que, por cierto, estaba desde primera hora mirando fijamente al señor Sik, al que no conocía.

La tercera fué la de Pedrito, el cual se marchó preguntando por qué tosía aquel niño.

Hubo un momento en que el señor Sik se quedó sólo con su hijo, que seguía tosiendo; pero cada vez más lentamente, hasta que al fin se detuvo.

Entonces, el señor Sik lo cogió en brazos; le levantó los pañales, dejando al descubierto la acabada maquinaria; le volvió a dar cuerda, y después de dejarle en el rincón, sobre el seguro, continuó su labor con afán, tranquilo, solitario y feliz.

EDGAR NEVILLE



NUESTROS COLABORADORES



JUANITO PÉREZ ZÚÑIGA

Caricatura de SANCHA

*que acaba de publicar en un libro amenisimo, como suyo, detalles interesantisimos sobre la vida de Noé, a quien conoció y trató personalmente.*

Ayuntamiento de Madrid

# RAMONISMO

## FAUNA INFANTIL



En los niños nos encontramos con antecedentes faunáticos extraños. No solamente procedemos del mono, sino del mosquito, de la oruga y de la gota de agua, en definitiva.

Ningún papá se lo confiesa; pero en cuanto se anuncia el niño, piensa en su fuero interno: «¿A qué animal se va a parecer?», y busca en el niño la semejanza remota, que en la primera infancia queda aclarada como nunca.

En los niños que van al colegio he hecho mis observaciones de entomólogo de la infancia, sobre todo cuando van a la clase mañanera, lívidos de frío, muy serios, revelando sus especies.

Muchas veces, ante esa madre absurda que lanza un niño al mundo cada seis meses, se piensa en lo natural que es que su nuevo niño parezca un ornitorrinco.

¡Y cuidado que es difícil que un niño se parezca a un ornitorrinco, que es nada menos que un «mamífero ornitodelfo de Australia, notable por tener un pico ancho y aplastado parecido al del pato»!

En alguna ocasión, tan difícil me ha sido clasificar a alguno de esos niños extraños, que he tenido que ir a la biblioteca del Parque Zoológico, esa biblioteca que hay en medio de las fieras y las gallinas de nuestro parque, como para añadir exótica y fiera animalidad al paisaje.

Después de mucho buscar y de agrandar mi imaginación con el capítulo de las serpientes y cruzar a nado los mares de los capítulos dedicados a los peces, encontré en los coleópteros un animalito llamado *pasca-sium triplex*, que se parecía como un hermanito al niño que me tenía preocupado y cuya semejanza no podía encontrar.

Viendo comer una galleta a un niño se ve si es un roedor o no; y si es de esos que parten el pan en miguitas, se puede sospechar que es un pez.



Señorito pez.

¡Qué niño libélula aquél! ¡Cómo le gustaba jugar al aro alrededor de los estanques, en interminables carreras en que parecía volar sobre sus delgadísimas piernas!

Los niños perros son esos que rabo-



Un niño fama

nean mucho alrededor de las visitas, y se meten entre sus piernas y hasta se les suben encima.

Hay el niño armadillo, que siempre está escarbando la tierra, y al que le va muy bien lo que se dice en las historias naturales del armadillo: «Suele cavar



niño Percebe

galerías en la tierra, y se alimenta principalmente de basura.»

El niño comadreja es un niño un poco hocicudo y con los ojos apuntados hacia el hociquillo. Es ese niño al que, como dice la Historia Natural, «le gusta robar nidos».

Ese niño que asusta a las gallinas constantemente, haciéndolas correr remangándose la cola y diciendo con su cacareo: «¡Qué niño éstel, ¡qué niño éstel!», es, o una marta, que «es terrible enemigo de las aves de corral», o un hurón.

Los niños bocinófagos son también un caso típico de esta fauna, que sobre todo en la primavera hierve en la vida.

Congregados alrededor de la bocina del automóvil solitario, la toman con ella, como si fuese un fruto apetitoso de esos que las moscas se disfrutaban y alrededor del que cantan sus ubérrimas aleluyas. Los niños bocinófagos acaban con las bocinas de todos ellos, las perforan, las rompen como si fueran sus pelotas de goma, y después el *chauffeur* los maldice en sus expuestos viajes sin bocina, como barcos sin sirena.

Los niños que se dedican a futbollear mucho desde muy niños, son como escarabajos peloteros, y los que juegan a ser enganchados a las bridas del juego de los caballitos, son *ponneys* naturales.

Bien estudiados los niños, todo tiene un porqué en su naturaleza; y en ese que usa pantalones tan acampanados para americanas tan estrechas, es su naturaleza de percibe la que priva, así como ese que silba tanto con su pito es una abubilla, y ese que toca la flauta monótona e interminable es un sapo o un cucullito.

Yo tengo una prevención a los niños desde que he estudiado esas variaciones de su naturaleza; porque ¿qué niño no puede ser el que aparece en la casa que espera un angelito?

¿De qué nido, o de qué madriguera, o de qué pantano traerá el recuerdo a la casa paterna?

Después el cariño ciego a los padres, y no ven esa determinante del niño, por la que llega a ser el niño cachorro de mastodonte o el niño perrito pequinés.



pajarito fritito



Señorita quisquilla

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.

## LAS PALPITACIONES DE LA CALLE

(GREGUERÍAS FALSAS, PARA HACER LA COMPETENCIA A GÓMEZ DE LA SERNA)

Las calles tienen su coquetería peculiar. Las hay asfaltadas y brillantes y tersas, que son como esas damas que se acicalan con crema Simón... Las hay de empedrado liso, basáltico y edilicio, que sólo tienen ligeras arrugas... Pero, ¡¡ah!! las de empedrado de cuña son calles que tienen granos y forúnculos que ni Dios es capaz de operar.

El barrendero es el barbero de la calle; su escoba es la brocha que cosquillea en los mofletes de la calle, y la manga de riego es el pulverizador que le echa colonia a la calle o quina a la esquina.

❖❖

El tranvía es la mosca que le hace cosquillas a la calva de la calle.

❖❖

Esa taberna que tiene el toldo bajo es un chulo con gorra de visera que se está riendo de los peces del Jarama; pero que lo quiere disimular con la visera caída.

❖❖

El Metropolitano es una operación quirúrgica que le han hecho a la calle en la barriga. La calle padecía indigestiones y ahora está bien, a Dios gracias. Sólo cuando la Electra suprime el flúido y el Metro se para, es cuando no anda corriente.

❖❖

Esas chimeneas de fábrica que veis humear en los barrios bajos, son los cigarros que se fuma la calle.

❖❖

Cuando el sol, visto en perspectiva, aproxima su disco al caballo de Espartero (que suele ser a las nueve de la mañana, hora oficial), la estatua de Espartero parece el caballo de oros.

¿Qué se juegan ustedes?

❖❖

Esos leones del Congreso, que no tienen jaula ni domador, se escapan el mejor día, y causarán una barbaridad de desgracias.

Sobre todo, si le pisan un callo a un transeúnte.

Y peor, a dos.

❖❖

Esos cerdos (y ustedes perdonen el realismo de la palabra, pero es la más barata que he encontrado); esos cerdos

que se ven en las carnicerías colgados cabeza abajo, echan sangre por las narices porque se congestionan de estar así.

A mí me pasaría lo mismo, aunque no soy cerdo, por lo menos que yo sepa.

❖❖

La calle que cambia de nombre es como esos perseguidos por la Policía que sacan cédulas falsas para que no los conozcan. ¿Qué necesidad tenía la calle de Barrionuevo de llamarse Roma-

nones?... ¡Hoy, en cambio, se quitaría con gusto ese nombre, que no hace más que perjudicarlo!... ¡La calle no tiene la culpa de que hagan eso con ella! ¡La calle calla, pero no es que otorgue!

❖❖

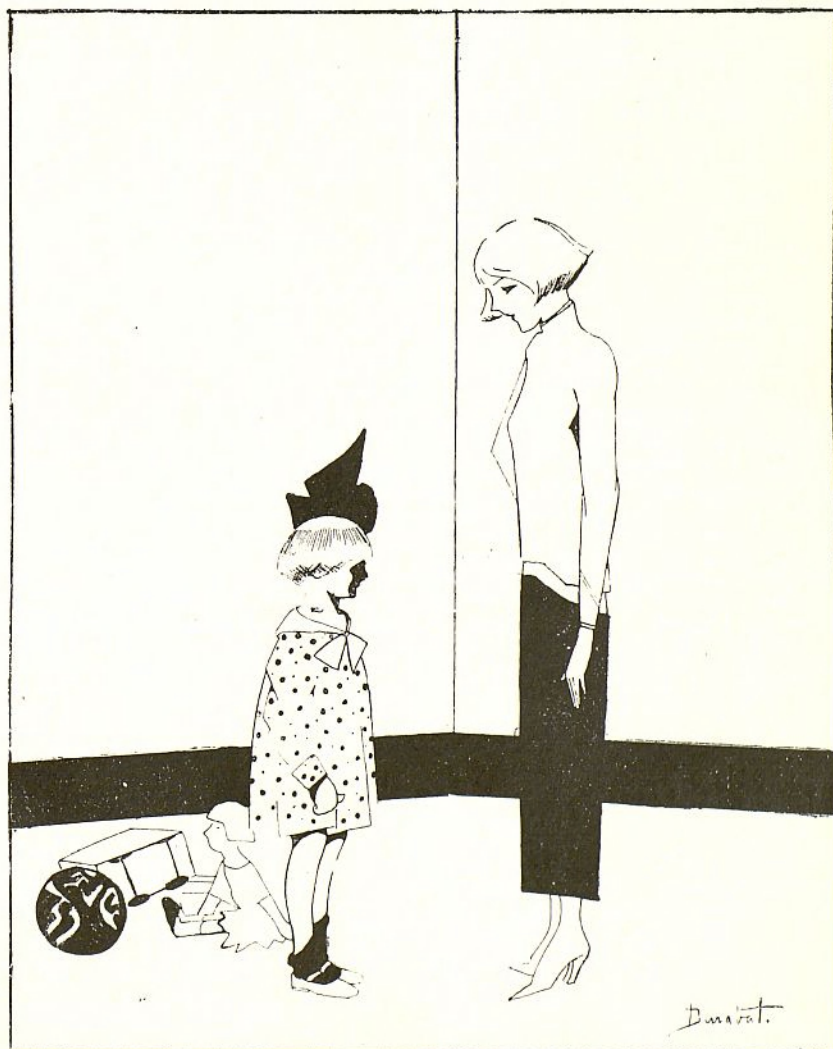
La calle tiene voz. Si quieren ustedes saber cómo es la voz de la calle, lean el *Heraldo*.

❖❖

Si yo insistiera mucho escribiendo cosas como estas que he escrito hoy, la Empresa de BUEN HUMOR me echaría a la calle...

Menos mal que estoy seguro de que ustedes me recogerían en seguida.

NÉSTOR O. LOPE



Dib. DURABAT. — Madrid.

— Mari Pepa, ¿por qué no quieres ir hoy al estudio a que te siga haciendo el retrato?

— ¡Porque me dijo ayer que hoy tenía que sacarme los ojos!...

# EN VERSO DE MODA

La medida consabida  
en los versos, es ya una cosa manida,  
y aquí la paradoja empuña el cetro,  
pues ahora que circula el metro,  
no está en circulación la medida.  
Así da gusto:  
no hay que pensar en que nos venga justo  
lo que hayamos de meter  
en cada verso; y hay que ver,  
¡ay de mil,  
lo fácil que es versificar así.  
En plena libertad, pues, de ritmo,  
voy a hablar de la fiesta  
nacional,  
aunque sé que a muchos les molesta  
esta moda del verso,  
cómoda, pero arbitraria,  
que armoniza muy mal  
con la métrica rutinaria,  
tiránica y brutal.

Triunfarás por ti sola,  
¡oh fiesta de toros castizal,  
porque eres española,  
como lo son la bandurria y la longaniza.  
No temas, fiesta por excelencia,  
que el fútbol, tan decantado,  
triunfe en la competencia  
que contigo,  
al parecer, ha entablado,  
lo mismo en Vigo  
que en Caracas, en Meco y en Ciudad Rodrigo.  
No es que yo censure las patadas  
dadas  
al fuerte balón,  
¡libreme de tal cosa la Virgen de la Concepción!  
Las patadas tienen interés  
(lo mismo a principios que a fines de mes),  
y su desarrollo es profundo.  
¡Cuánta patada se da en este mundo!...  
Yo admiro a esos jovencuelos  
que con los pies hacen maravillas,

luciendo variados pelos  
en las tostadas pantorrillas.  
Pero ¿y tú, taurina fiesta?  
¿No eres brava, y variada, y brillante,  
y emocionante?  
Pues mientras haya sol,  
sangre humana de caballo,  
brillo de lentejuelas,  
resoplidos de toros, seda y arrebol,  
ojos que inciten,  
epilépticos tímboles que palpiten,  
corazones que mujan,  
almohadillas que rujan  
(como símbolo blando  
de las conmociones de la raza),  
y balanceo de tripas en la plaza,  
serás fiesta pujante,  
y arrogante,  
y vistosa  
como un amanecer  
en que la Naturaleza se viste de ópalo y de rosa  
por el bien parecer.  
Claro está que no habría  
quien lanzase los balones  
si éstos tuvieran sus buenos pitones,  
como las reses bravías  
(o como algunos amigos, que no son  
futbolistas, y, no obstante, los ves  
ganarse, llenos de ilusión,  
el miserable sustento laborando con los pies).

Y con esto he concluido,  
pues los versos sin ritmo y sin medida,  
por muy de moda que estén, lector dilecto,  
si tienes buen oído,  
te harán probablemente el mismo efecto  
que si Sansón reviviera  
y en la cuesta de las Perdices  
te diera  
con el puño cerrado en las narices.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

UNA PÁGINA DE  
PSICOLOGÍA (?)

## La angustia de Luciano

Las novelas *psicológicas* «se llevan» un horror ahora. Docenas y docenas de máquinas de imprimir trabajan diariamente en España en la confección de novelas psicológicas. Son numerosísimos los autores que planean y desarrollan novelas psicológicas.

Cuando yo iba al colegio comiendo pan por la calle, me enseñaron que psicología es la ciencia del alma. ¿Qué es, pues, novela psicológica? Puede definirse diciendo: «Novela psicológica es la exposición y narración de hechos imaginados, en los cuales tiene sitio preferente el estudio del alma de los personajes.»

Nuestros autores lo entienden también así; pero como el estudio de un alma simple se les antoja intrascendente, acuden a estudiar almas de una complicación tan extraordinaria, que el lector, al concluir el libro, se agarra al teléfono más cercano, pide comunicación con Leganés y ruega que le reserven una celda bien aireada en aquel manicomio.

Los novelistas psicológicos describen minuciosamente hasta los detalles más leves; se paran a considerar todos los cambios espirituales de los protagonistas de la narración, y con este pícaro sistema llenan cuatrocientas páginas, y

al final resulta que no han dicho nada que merezca la pena. ¡Trucos!

Para aviso de incautos, para que los honrados ciudadanos que se gastan cinco pesetitas en una novela puedan distinguir las psicológicas de las demás y huir de las primeras, voy a reconstituir un trozo de esa clase de narraciones.

Atención.

«Luciano salió de casa de Micaela avanzando primero la pierna derecha. (Aquí ya se ven las dotes de observación del novelista). Quedóse indeciso un momento. Meditaba. ¿Se iba al Hipódromo o a Rosales? El sol acariciaba

la ciudad. Era en los primeros días de abril, y las mujeres llevaban ya vestidos claros. Como no había nubes, el cielo estaba limpiísimo. (*Lógica, lógica ante todo; no hay que olvidar que la psicología y la lógica se relacionan íntimamente.*) Luciano pareció decidirse, puesto que echó a andar calle abajo. (*Véase cómo el hábil novelista consigue intrigar al lector a las pocas líneas. Nace el interés, porque no se sabe si Luciano irá a Rosales o al Hipódromo.*) El joven miraba sin ver todo cuanto le rodeaba; iba abstraído, y una honda arruga plegaba su entrecejo. (*Nótese que el interés aumenta terriblemente. «¿Por qué fruncirá el entrecejo Luciano?», se dice el lector, y para enterarse tiene por fuerza que seguir leyendo.*) Pensaba sin cesar en lo que Micaela le había dicho. (*¡Ah, ah! ¿Qué le habrá dicho Micaela?*) «Te quiero tanto—había exclamado Micaela—, que la sola vista de mi marido me altera y me crispa; y cuando, estando comiendo, me pide la salsa mayonesa, todo mi cuerpo sufre un estremecimiento de odio.» (*¡Atíza! ¿Luego resulta que Micaela, que quiere a Luciano, está casada? ¡Bien!*», se dice el lector, y sigue devorando el libro. En toda novela psicológica hay un adulterio, porque, por lo visto, la complejidad de espíritu consiste en ser una viciosa o un miserable, según el adúltero sea mujer u hombre. Además, el adulterio es un tema novísimo, no desarrollado por nadie...) Luciano lo veía ahora muy claro. Aquel hombre, el marido, era un obstáculo. (*Esto está escrito en casi todas las novelas psicológicas, y demuestra hasta qué extremo de sutileza puede llegar el ingenio de un escritor.*) Si; evidentemente, el marido era un obstáculo. ¿Qué derecho había tenido aquel hombre a casarse con Micaela, a hacer desgraciada a Micaela, una mujer tan inteligente y espiritual? (*La espiritualidad de las protagonistas de las novelas psicológicas estriba en pegársela al marido con todo bicho viviente.*) Un tremendo combate se libraba en la mente de Luciano. (*Lo del «combate» también está muy extendido, y es muy psicológico.*)

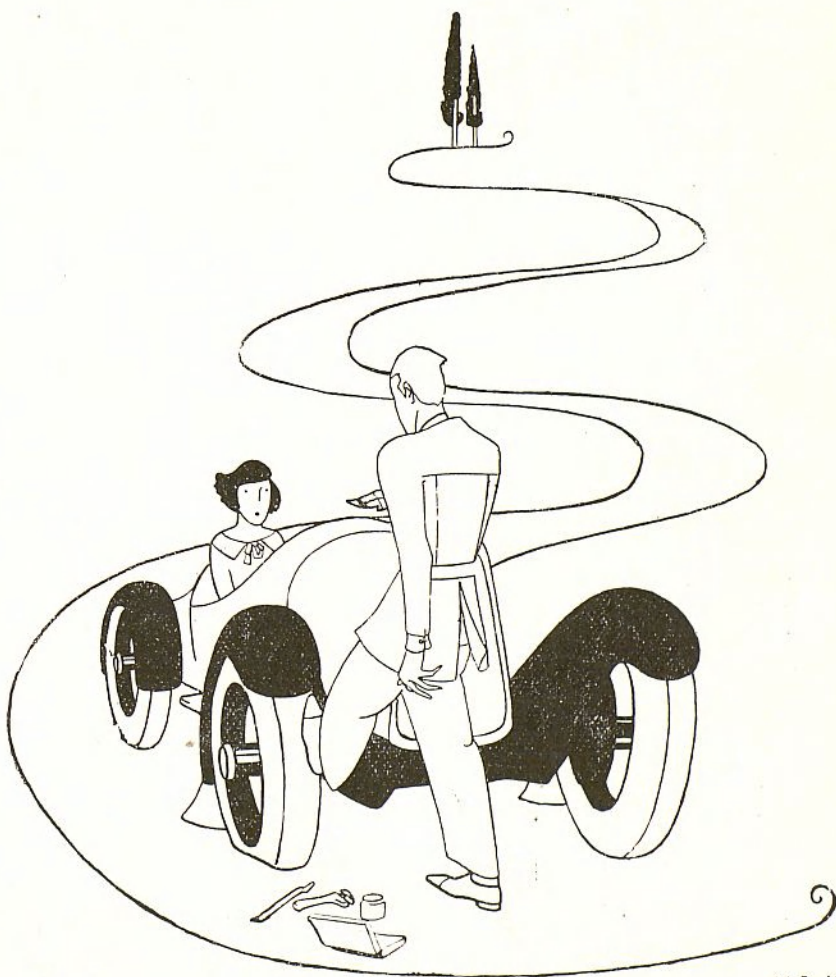
»Porque él amaba a Micaela de un modo excepcional. (*El modo excepcional de amar a la protagonista suele consistir en darle cinco achuchones más que el marido.*) ¡Oh! El impediría que aquella monstruosidad continuase. Si Micaela no amaba a su marido, ¿por qué consentir en que siguiese viviendo con él, en su compañía? ¡Y pensar que el lazo que unía a su amada con aquel odiado hombre era un lazo irrompible! (*Aquí viene casi siempre un largo párrafo en que se maldice la falta del divorcio y su necesidad de ser implantado en España. Y, ¡claro!, como los Poderes públicos ven que se pide el divorcio para que dos idiotas — Luciano y Micaela — puedan hacer el orangután*

a su gusto, pues los Poderes públicos se encogen de hombros.) Pero cuando las leyes no amparaban al amor — pensaba Luciano —, resultaba lícito burlar esas leyes. No; el lazo no era tan irrompible; la pasión lo vencía todo, y él hablaría a Micaela para que de una vez y para siempre abandonase al marido. Aquel hombre estúpido, empleado en el Ministerio de Fomento, no tenía derecho a los besos de Micaela; era él, el mismo, Luciano, empleado en el Ministerio de Hacienda, quien tenía un derecho indiscutible, nacido de su superioridad sobre el marido. Micaela ya comprendía que entre los cerebros de ambos había un abismo. (*Lo del «abismo» también es muy frecuente en estas novelas; pero en la realidad Micaela no suele ver esa diferencia cerebral, porque escribe anteayer con dos haches.*) Aquel absurdo no podía continuar — se

decía Luciano —; era preciso salvar el obstáculo. Pero ¿querría el marido? ¡Quisiera o no quisiera, tenía que ser! Porque él llegaría a todo con tal de arrancar a Micaela de las manos aborrecibles en que ahora estaba. ¡Si; llegaría a todo! La idea del crimen cruzó por el interior de Luciano como una saeta agudísima. Tuvo que apoyarse en el escaparate de una tienda de monturas para caballos, porque la idea espantosa casi le había desvanecido. Luego, un poco más sereno, continuó su marcha, azotado por el látigo del dolor...

(*Bueno, y no continuó reconstituyendo más novela psicológica, porque el lector es para mí un hermano queridísimo, y no hay derecho a amargar la vida a los hermanos.*)

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. ALFONSO. — Madrid:

— ¡Pero, hombre, no te desesperes! ¿Para qué le das esas patadas?  
— ¡Para ver si se hincha!...

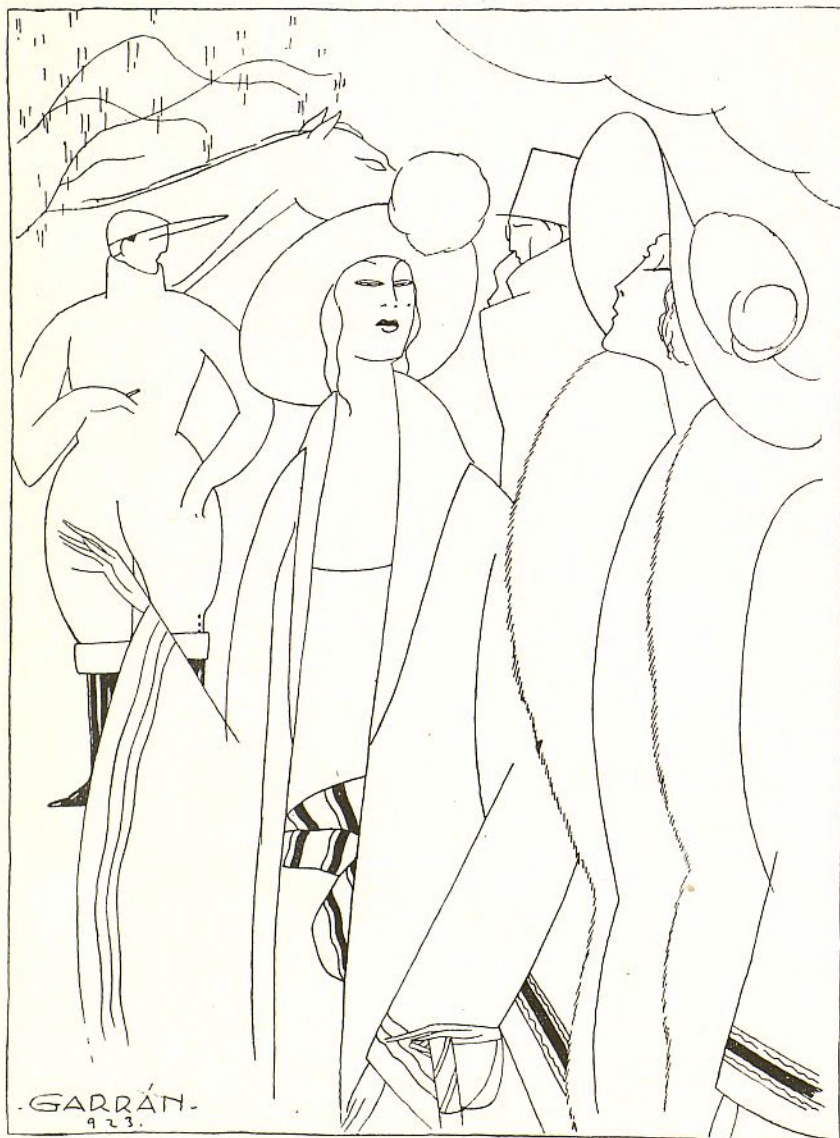
# DICCIONARIO DE HOMBRES Y MUJERES ILUSTRES

AVANCE DE UN ENORME LIBRO QUE PIENSA PUBLICAR "BUEN HUMOR"

En la suposición, un poco aventurada y orgullosa, de que ustedes no se opondrán a que continuemos hoy dando a luz nuestras biografías (alfabéticamente ordenadas), que comenzamos el número anterior, vamos a tomarnos la libertad de hacerlo con el mayor esmero posible y con una fidelidad que ríanse ustedes sardónicamente de la que le guardaba Julieta Pérez a Fulano Romeo (ambos paisanos de Benito Mussolini, ¡y que sea por muchos años!)

Si mal no recordamos, interrumpimos nuestro fatigoso trabajo en la letra I.

Hoy, por tanto, y siguiendo el curso del alfabeto, nos toca la J. Ahora bien: al tocarnos la jota, se nos ocurre que lo único que podemos hacer es bailarla, porque da la siniestra casualidad de que con esa letra no empieza ningún apellido ilustre que consideremos merecedor de ingresar en este diccionario de talentos preclaros, inmarcesibles y pistonudos. Dicho está, en consecuencia, que vamos a dar un salto (si hubiésemos bailado la jota habríamos tenido que dar más), y despreciando la letra aludida, y de paso riéndonos también



Dib. GARRÁN. — Madrid.

— Ahí tienes a Jim, que se lleva todas las copas de esta tarde.

— ¡No me extraña: anoche se llevó de mi casa todas las cucharillas!...

de la K, con la que tampoco tenemos que hacer nada, vamos a proceder a meterle mano a la L.

Y celebraremos bulliciosamente que la labor de hoy, que empieza siendo de *ele*, acabe pareciéndoles a ustedes de *ole*. Que, dicho sea en silencio y confidencialmente, lo dudamos mucho.

## L

LALANDA (MARCIAL). — Individuo perteneciente a la Sociedad Protectora de Animales. Secretamente sobornado por ésta, suele velar por la vida de los toros con más cariño y más eficacia que el que mejor lo haga. Cada cornúpeto que restituye al corral en perfecto estado de salud, le vale una cruz y un diploma, aparte de la bronca y los epítetos con que le obsequia la afición. Toreando en su casa a una silla o a un perchero, hace maravillas colosales y dignas de que las cantase el poeta épico más cantarín que haya habido en el mundo.

LALANDA (PABLO). — Idem idem idem que el anterior, y que hace exactamente idem idem idem que el mismo idem. Pero tiene muchísimas menos contratas que el repetido idem. Ustedes no se explican este oscurísimo absurdo, ¿verdad? ¡Pues nosotros, idem!...

LERROUX (ALEJANDRO). — Hombre muy gordo, que vive en Barcelona unas veces, y otras en Madrid. Pero no se fíen ustedes de lo que les digan cuando pregunten dónde está, porque, por prudencia, lo oculta.

Cuando oigan decir *¡el gordo en Barcelonal*, es que está en Madrid, y cuando oigan gritar *¡el gordo en Madrid!*, es que tampoco está en Barcelona. Está en otra parte, a elegir entre Vicálvaro, Buenos Aires y Las Hurdes.

## M

MAURA (ANTONIO). — Político católico apostólico y romano, y además español, y por añadidura un poco mallorquín. Es autor de un nuevo idioma castellano, que consiste en variar las palabras de su sitio natural y ponerlas donde no hacen falta, con lo cual se obtiene un todo absolutamente imposible de descifrar. Cuando gobernaba, hacía con sus ministros lo mismo que con las palabras: ponerlos en el lugar donde menos falta hacían. Ejemplo: La Cierva, que lo puso en Gobernación, cuando estaba mucho mejor en su casa.

Es aficionado a la pintura, hasta tal extremo, que darle un bote de ella es para él el mejor regalo. Por excepción, el día que el Directorio acabó con la política, fué él el que dió el bote.

MUÑOZ SECA (PEDRO). — Probo empleado de la Comisaría de Seguros, nacido una vez en el Puerto de Santa María y acatarrado otra vez en el Puerto de Pajares. En su juventud dió lecciones de francés sin conocer el idioma. Ha estrenado varias obras teatrales; pero

esto no tiene importancia en unas biografías tan serias como las que estamos haciendo.

## N

NOEL (EUGENIO). — Implacable destructor del flamenquismo, del cante *jondo* (y del superficial), de la marchosería, del *Gallo*, de la Pastora, de los toros y de las cañas (de manzanilla). No se ha puesto jamás un sombrero ancho; advirtiéndoles a ustedes que los estrechos no le han cabido nunca en la cabeza, pues usó siempre una melena cuyo peso se ha calculado en unas dos toneladas. Esto impidió, cuando estuvo en Sevilla pronunciando discursos atroces, que los sevillanos le tomasen el pelo, porque pensaron que, para tomárselo todo, necesitaban una camioneta y diez forzudos mozos nacidos en Orense y su provincia.

## O

OSSORIO Y GALLARDO (ANGEL). — Desventurado joven maurista de cincuenta y tantos años, que se ha empeñado en ser uno de los hombres nuevos que pide Primo de Rivera para gobernar. El pobre Angel Ossorio no ha caído en que el presidente del Directorio y España hablan de hombres nuevos, y que *nuevo*, en español y en esperanto, quiere decir sin estrenar, lo cual no le pasa a él, que no sólo está usado, sino inservible. Excusamos decir que se va a tirar una plancha más que eléctrica, y que la postura en que va a quedar va a ser, no gallarda, sino completamente ossoria.

## P

PIRANDELLO (LUIGI, O LUIS...), O LAS DOS COSAS A LA VEZ, SI USTEDES NO TIENEN INCONVENIENTE). — Guasón italiano, que apostó con unos amigos a que se hacía popular escribiendo con la mano izquierda y con los ojos vendados, y además un poco ebrio de *Lacrima Christi*, unas cuantas cuartillas para que las recitasen en un teatro, a oscuras, varios actores neurasténicos y con un poco de dificultad de pronunciación. Y, en efecto, por ahí anda una cosa llamada *Seis personajes en busca de autor*, que ha tenido a estas fechas la rara virtud de llenar hasta los topes siete manicomios y doce cárceles españolas y extranjerías.

PORTELA (CONSUELO). — Virtuosa cupletista, de origen catalán, a quien conoce el vulgo por el nombre de *Chelito*, y la aristocracia por otros nombres que no es del caso repetir aquí. Es propietaria de una hermosa finca, ganada con el sudor de su rostro, que ha debido de ser copioso para llegar a ese resultado. El año que perdimos las colonias cumplió veinticinco primaveras. Dentro de unos días dice que va a cumplir veintiséis años, por lo cual resulta que los veinticinco *primaveras* serán los que se crean eso que ella dice, suponiendo

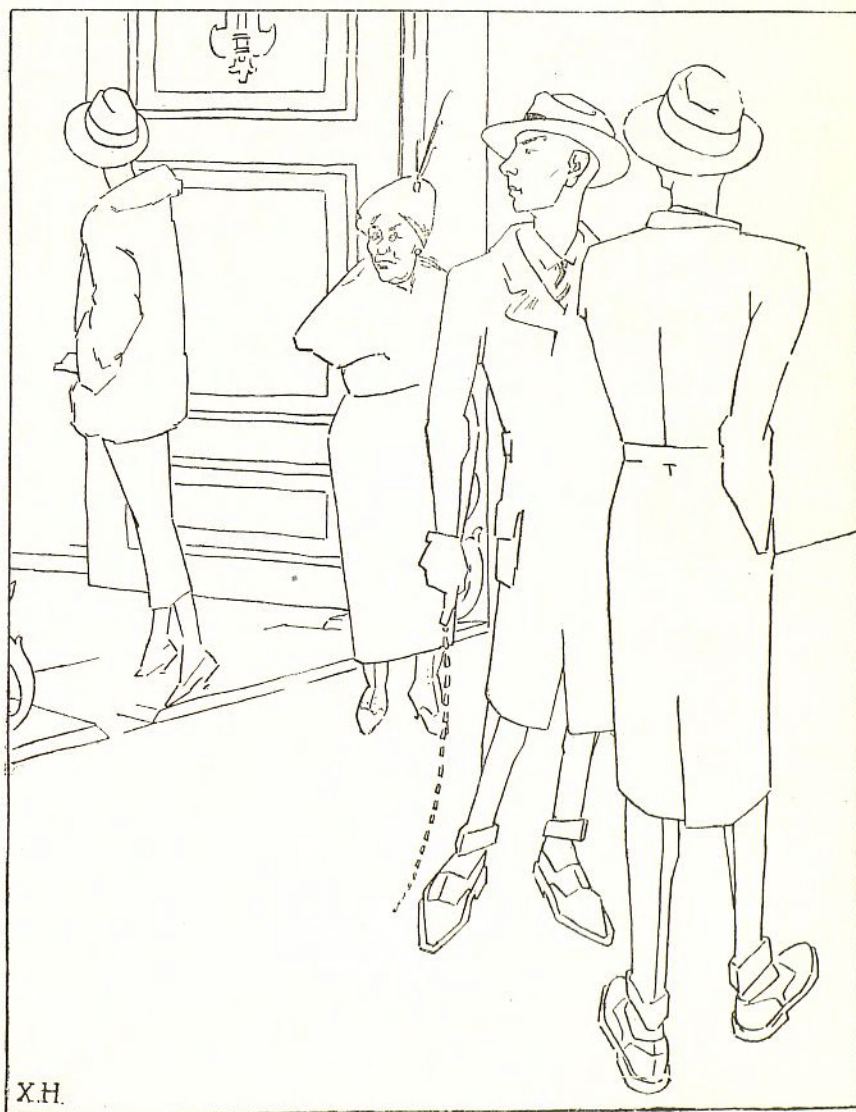
que sean veinticinco los que lo crean, ¡que no lo creemos!

PRADO (LORETO). — Genial actriz, nacida en Madrid el año 44 antes de Jesucristo. Conoció la juventud de Nerón y la muerte de Agripina. Perteneció al coro en las funciones que se daban en el circo de Caracalla. El primer mutis, como meritoria, lo hizo por el Foro Romano, y fué una de las que gritaron ¡fuego! cuando el famoso incendio de Roma, tan pésimamente combatido por los bomberos. Su arte entusiasmó a los árabes, a los visigodos, y especialmente a los bárbaros del Norte. Ataúlfo preconizó sus éxitos futuros. Don Pelayo (antes de ser devorado por el oso) la dedicó unas frases encomiásticas, y Carlos V murió a disgusto por no poder llegar a tiempo de presenciar el

estreno de *Alma de Dios*. Cuando Fernando VII gastaba *paletot* asistió al bautizo de Francos Rodríguez, y fué la primera actriz de la época que tomó en sus manos un fusil para luchar contra los franceses el inolvidable 2 de mayo. Actualmente, y en pleno apogeo de su gloria, prepara una sorprendente evolución de su arte: ella, que ha hecho siempre papeles de golfillo y de muchacho de doce a trece años, en el porvenir hará tipos de niños de pecho y de párvulos inocentes. No será extraño que algún día los haga de niños y niñas antes de llegar a nacer. De todo es capaz, menos de retirarse de la escena.

(Se continuará y se concluirá, pase lo que pase, en el número próximo.)

ERNESTO POLO



X.H.

Dib. X. H. — Madrid.

— Yo me acercaría; pero ya ves la cara que pone la carabina... Tiene cara de estar cargada de nosotros.

— ¡Sil...! Y cualquiera se acerca con la carabina cargada!..

# LAS COSAS DE LOS TEATROS

## FÓRMULA PARA HACER GÉNERO LÍRICO

Estamos en pleno reinado del género lírico. Todos los teatros de la corte y algunos más, próximos a inaugurarse, se han lanzado — sus empresarios, claro es — a la música, cual si en ella estuviese el remedio de todos los males que les agobian. Como con el verso no ganaban, las Empresas han pensado que al traer compañías líricas, pagar orquestas, derechos dobles de autor, coros y varios cantantes, el negocio sería mucho más beneficioso, y el arte escénico saldría ganando también.

No hay más que oír las partituras geniales, los libretos magníficos y asombrarse con las interpretaciones originalísimas de las obras para convencerse de que la regeneración del Teatro español está precisamente en la modalidad lírica que con tal ahinco han dado en cultivar las Empresas madrileñas.

A la sombra, La granjera de Arlés y otras preciosidades estrenadas en Apolo, la Zarzuela, Eslava, el Cisne, etcétera, etc., son confirmación elocuente de nuestras palabras y aliento para nuestro optimismo. Si a todo ello agregan ustedes los primores de ejecución, el buen gusto en las presentaciones y la felicidad de oír cantar a las damas y ga-

lanes que avaloran los espectáculos citados, se comprenderá más fácilmente el vivo regocijo que nos invade. ¡Somos felices, caro lector! ¡El Teatro está salvado!

Ya no falta sino que el público se convezna de las grandes ventajas que para la mayor depuración de su gusto artístico encierran las obras en cartel, y con esto y unos cuantos miles de duros más, para ir pagando nóminas crecidas, estará resuelto de un modo definitivo el problema teatral de Madrid.

Y si esto no es así, si una vez más nos engañan las apariencias, no me negarán ustedes que al menos los elementos de juicio que exponemos sería difícilísimo encontrarlos más apropiados y convincentes. O es que la locura total ha invadido a los empresarios, y a los cómicos, y a los autores.

Pero nosotros, por nuestra parte, no nos cansaremos de cantar las excelencias de las obras líricas que se han estrenado en lo que va de temporada desde el Sábado de Gloria hasta el día de la fecha, en las que sin excepción se sigue la fórmula originalísima que nos daba un buen amigo para escribir cosas del género mencionado.

— Sale uno, luego otro: cantan, bailan y se van. No hace falta más que eso. Replicábamos un poco incrédulos:



Dib. PINILLA  
Madrid.

### PETICIÓN DE MANO

ELLA. — ¿Qué te ha dicho papá?

EL. — Pues... No me atrevo a decírtelo.

ELLA. — Prescinde de las palabras gruesas.

EL. — Entonces, no me ha dicho nada.

— Sin embargo, la situación, el diálogo...

— Nada de eso importa. Lo preciso es la fórmula: salen, cantan, bailan... y se marchan.

Teniendo cuidado de que concurren estas circunstancias, el triunfo de una obra lírica puede darse por descontado...

— Pero eso que dices ocurre en todas las zarzuelas y revistas que se estrenan.

— Pues por eso se aplauden. ¿De cuál de ellas tienes noticias que haya sido protestada?

## FÓRMULA PARA TRIUNFAR

Hace unos días, y durante el estreno de la comedia *La señorita Veleta* en el teatro Infanta Isabel, se produjo un violento incidente.

Terminado el acto primero, el público tuvo aplausos de aprobación para el autor, y la *claque*, enardecida, arreció en sus manifestaciones de entusiasmo, hasta que dos ciudadanos que habían satisfecho el importe de su localidad creyeron que eran excesivas las palmadas, y comenzaron a protestar. ¡Nunca lo hubieran hecho! Los entusiastas quisieron agredir a los disconformes, y hubo sus más y sus menos — seguramente *sus más* —, hasta que se acordó la expulsión de los protestantes. Ello dió origen a animados comentarios y airadas protestas.

Había quien sustentaba la teoría de que el que no está a gusto en un espectáculo, con marcharse a la calle está en paz. Otros creían que la *claque* tampoco tiene autorización para imponer el aplauso por riñones...

Claro es que la protesta airada supone siempre una descortesía; pero hay que tener en cuenta, caballeros, la irritación que debe producir el hecho de haber pagado carísima una localidad, que la obra aburra hasta ponernos al borde de la misantropía, de la panofobia — horror a todo cuanto nos rodea —, y que unos ciudadanos se empeñen en atronarnos los oídos con sus palmadas mercenarias, dándonoslas de idiotas y queriéndonos hacer tragar gato por liebre. Y como no es cosa de prolongar este tema peligroso durante más tiempo del preciso para exponer el fenómeno, nos limitaremos a consignar la solución dada al asunto por el insigne Arturo Serrano, tan inteligente como avisado empresario del Infanta Isabel.

— Esto — decía — se arregla fácilmente: ya no volverá a suceder.

— ¿Suprimes la *claque*?

— No: lo que haré será estrenar las comedias por la tarde.

De lo que se deduce que el fracaso o el triunfo de las comedias depende de la hora de estrenarlas.

¡Los éxitos que se han perdido actores y autores, por no montar en esta temporada las obras a las nueve de la mañana!

José L. MAYRAL



DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

## EL BANQUETE A DIOS

El tema de los banquetes es un tema que se pone de moda todos los años, y sobre el que vierten las mismas vulgaridades los que no tienen nada nuevo que decir, pero que siempre han de echar su cuarto a espaldas, sea en lo que sea.

Ahora, con motivo del banquete al autor de *El desgraciadito carpintero*, se ha desempolvado la cuestión, y hay sus pros y sus contras; pero nadie dice que hay un banquete por organizar entre tantos banquetes inmerecidos, cuando ya es necesario buscar con candil al que aun no haya sido banqueteadado, para que lo sea inmediatamente. Este banquete tan justo es el banquete a Dios: el homenaje al Creador del mundo por lo excelente de su obra.

Esto ya merece un banquete.

¡Cuántos se han dado a autores de obras de mediano éxito y de escasa vida en los carteles, y aun nadie ha ofrecido uno al autor de la comedia de la vida, que tantos años viene representándose entre el mayor éxito!

¡Cuántos pintores no han comido con sus amigos y admiradores, con motivo de una Exposición sin importancia o una medalla inmerecida, y, en cambio, nadie se acuerda del que ha pintado los mejores crepúsculos, las mejores marinas, los paisajes más maravillosos, las gamas más delicadas, y también el verde de las hojas y los demás tonos de las flores!

¡Qué músico a quien se banquetea por haber hecho una partitura ramploña para una obra vulgar, o porque ha estrenado un poema sinfónico de esos en que se duermen todos los espectadores, ha compuesto nada más armónico como la sinfonía de los arroyos y de las fuentes, y la canción de las olas y de las ramas mecidas por el viento?

El es el arquitecto que ha colocado la primera piedra del Universo, y que luego ha construido los acantilados, las cumbres y los más arriesgados precipicios! El es también el ingeniero a quien se deben los mejores puertos, las mejores ensenadas, los canales y los saltos de agua.

Nunca estas obras han sido premiadas en Exposiciones ni certámenes. (La poesía de las estrellas, por ejemplo, no ha concurrido a ningunos Juegos Florales.)

El arte del Creador está fuera de las Academias, y no ha merecido ninguna condecoración oficial.

El no va a tertulias, ni conoce a ningún periodista de los que bombean.

Y, si todo esto fuese poco, hay que darle un banquete por ser el organiza-

dor del primer banquete propiamente dicho en el que se alquiló el local y se repartieron las invitaciones, en el que hubo brindis y del que salió el traidor, que nunca falta.

Sólo esto es suficiente. Hay que celebrar ese banquete, hay que hacer un alto en la cola de los banquetes inmerecidos para dar la vez a este homenaje, cuya justicia es innegable y goza de tantas simpatías.

Puede ser en la Moncloa, que es lo más apropiado del atisbo de Naturaleza que nos rodea. Cada uno llevará su co-

mida, y ayunará el que quiera dar una mayor prueba de afecto al homenajeado.

Ni brindis, ni tarjetas, ni adhesiones. No se admiten ateos.

Se advertirá también que no ha de haber fotógrafos, para que no se molesten en ir los que solamente lo hacen para colocarse en primera fila.

No habrá mesa presidencial. Él arriba y nosotros abajo.

Será algo muy sincero, muy entusiasta, de los que estamos satisfechos de encontrarnos en este viejo planeta, que tanto admiramos las obras del Sumo Hacedor y le agradecemos que nos haya hecho tan a su imagen y semejanza.

Madrid, 11 de mayo de 1924.

José LÓPEZ RUBIO

(Siguen las firmas.)



Dib. LINAGE. — Madrid.

EL GUARDIA. — ¡Menuda pareja íbamos a hacer usted y yo, morena'...

LA JOVEN. — ¡Mejor pareja hace usted con el compañero!

## ATANDO CABOS, O MI ZAPATERO SE EXPLICA

La tarde está lluviosa.

Como no sé adónde ir, acepto, al pasar por la calle Ancha, la amable invitación de mi zapatero, que me insta a descansar en su tienda.

Acepto, ante la idea de sacar de mi visita tema para un artículo, que es la pesadilla (una pesadilla como para agarrarse a los hierros de la cama) de todo escritor.

— Háganse ustedes la cuenta de que no les está viendo un periodista — digo al maestro, mientras me acomodo junto a la banquetta donde éste labora con sus oficiales.

Una bombilla de tulipa verde alumbraba la mesa de trabajo, ocupada *materialmente* (el adverbio no puede ser más adecuado a una zapatería) por las diversas herramientas propias del oficio.

De las paredes penden algunos almanaques de abigarrados colorines y estampas de toreros y artistas de *variétés*. ¡Toda la chair! Quiero decir: ¡toda la liral, remedando a Rubén.

En un rincón veo amontonados, como en una fosa común, múltiples pares de calzado viejo de todos los tamaños y edades: zapatos con la suela medio desprendida, semejante a la lengua de un dragón, y brodequines cuyas carteras lacias se inclinan con la indolencia de fueles que se van desinflando. Allí yacen, bajo una capa de polvo, como el arpa

del poeta, esperando la mano zapateril que le diga a cada par: «Levántate... y anda», cosa que, tratándose de zapatos, me parece muy puesta en razón.

— ¿Usted es madrileño, amigo... X?

— No, señor. De un pueblo de Zamora.

— ¿Aprendió allí el oficio?

— Justo. ¡Y cómo lo aprendí! Pagando dinero encima. Entonces no era como ahora — dice dándole una chupada al cigarro, mientras raspa la suela de una bota con un cristal.

— ¿Es difícil de aprender este oficio?

— No, señor. Pero hay que machacar mucho.

Corroborando esta afirmación, un oficial comienza a dar golpes en un trozo de suela colocada sobre una piedra.

— A los cuatro años — prosigue — me establecí en el pueblo.

— Con rumbo, ¿eh?...

— ¡Sí, sí! Con rumbo... «hacia acá». Quiero decir, que tuve que venirme para poder vivir. Por lo demás, usted calcule el rumbo: cincuenta reales me costó establecerme.

— ¿Qué tiempo lleva en Madrid.

— Cinco años.

— ¿Y está usted satisfecho?

— No puede uno quejarse. Cuando la subida que trajo la guerra, todo se paralizó algo, porque el público se retraía. Pero ya parece que empieza a picar.

(Un aprendiz se rasca con la lezna.)

— Tendrán que sufrir muchas chincherías, ¿no?

— ¡Uf! Todo lo que escriba usted es poco... Y las mujeres son peores. A lo mejor viene una criada y le suelta a usted cuatro frescas, porque dice que le han durado poco los zapatos. ¡Y no se acuerda de lo que *ha bailao* con ellos! Pues ciertas señoras (otras que bien *foxtrean*) son peores, si cabe. ¡Vaya exigencias y vaya regateos! Que si me rozan por delante...; que si me oprimen por detrás... ¡Un escándalo! El señor don Job de la paciencia era un temperamento nervioso al *lao* de un zapatero. ¡Hay que atar muchos cabos!...

✻

— ¿En qué época del año aumenta el trabajo más?

— En mayo y junio, y luego en septiembre y octubre. Se explica, porque es cuando la gente pasea más.

— Yo creía que en invierno, con la lluvia...

— No lo crea. Claro es que si en invierno se anduviera tanto, haríamos el agosto. Pero como se anda mucho menos, ahí está el quid.

— ¿Ha dado resultado la suela de goma?

— Ninguno. Eso es Juan y Manuela. Como todo lo que no es natural.

— ¡Es natural! — decimos.

(Una joven sirvienta empuja la puerta y entra en el establecimiento preguntando:)

— ¿Están mis zapatos, maestro?

— ¿Están los zapatos de esta joven? — pregunta a su vez el maestro a un oficial.

— ¡Ahí va eso! — exclama el oficial, sacándolos de debajo de la banquetta.

— ¿Qué valen? — dice la criada examinando la compostura.

— Seis pesetas.

— ¿Pero es que han vuelto a subir? — exclama la joven sorprendida.

— ¡Bueno, anda! — dice conciliador el maestro. — Por ser tú, te pondré cinco, insinúa, guiñándome maliciosamente.

— ¿Me apretarán?

— Si bailas, como es de suponer, es de suponer que te aprieten...

— ¡Que guasón es usted, maestro!

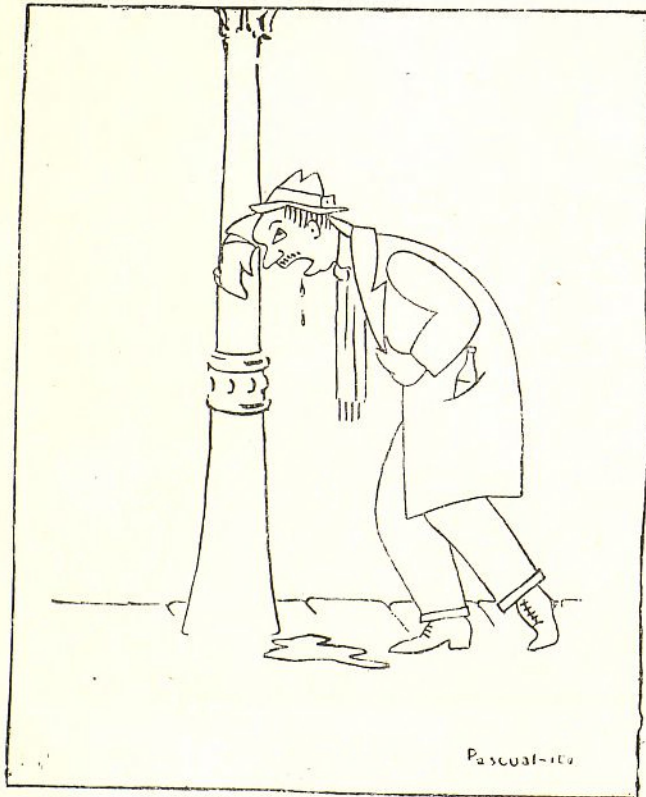
— ¡Sí, sí... Anda con Dios, mujer... Si sabré yo — dice el maestro viendo salir a la doméstica — dónde «le aprieta a ésta el zapato»...

Aprovechando el que ha cesado la lluvia, nos despedimos del maestro, estrechando su mano, tiznada de la tinta y la crema para el calzado. La democracia tiene estos y otros inconvenientes, como todo.

Mi zapatero me despide muy cortés, demostrándome que, aunque demócrata, él sabe distinguir.

¡Como que está acostumbrado a *rozarse con la crema!*

MIGUEL DE CASTRO



Dibujo  
PASCUAL-ITO  
Madrid.

— ¡Ay, que me mü..., que me muelo!... ¡San Juan de la Cruz!



Dib. MATEOS. — Madrid.

— ¡Era un gran matemático!  
— ¿Y de qué ha muerto?  
— ¡De un cálculo'..

Ayuntamiento de Madrid

# LA VÍSPERA

Cuando la mujer casada — sería demasiado fuerte decir amada —; cuando esta mujer nos dice al fin que bueno, que sí, que mañana nos espera, ¿no empezamos entonces, precisamente, a ser felices?

Cuando un amigo de esos que nunca faltan para comunicarnos todo lo desagradable nos susurra con un hilo de voz que Fulano se ha puesto indignadísimo contra nosotros porque en una crónica le regateamos el talento, y que está decidido a pegarnos un estacazo, ¿no principia en aquel mismo instante a dolernos ya el golpe?

Cuando nos vamos a examinar, ¿qué rato es el verdaderamente malo, el del examen o los de los numerosos días anteriores?

Cuando nos salen bien las cuentas y resolvemos emprender el soñado viaje a la ciudad que no conocemos, ¿qué horas son las verdaderamente deliciosas, en que vemos las calles, plazas y plazuelas que tiene aquel rincón del mundo? Sin duda, las que preceden a aquella otra en que nos arrellanamos en nuestro asiento junto a la ventanilla.

¡La víspera! He aquí la palabra mágica, la que guarda las mieles de la realización, la que posee sus ventajas y ninguno de sus inconvenientes.

Todo día señalado en nuestra vida sentimental o de la otra, con valer mucho, no significa nada ante la víspera. La víspera es el vermut, el preludeo, el atrio, la puerta que se abre, la nube que se disipa, el crujido de lo que cede, el aroma de lo que se destapa, la inminencia, lo que va a ser, lo que asoma por la tapia y se nos viene a la mano, lo que de repente aparece en el horizonte, el dulcísimo, ¿qué va a ser?, en lugar del desgarrador ¡ya ha sidol...

Así somos, lector amigo, de contradictorios y de complejos. Nada importa que languidezcamos detrás de un mostrador, o de bruces sobre unos terribles libros de caja, o delante de un lienzo... No es cuestión de aristocracia intelectual, sino de nervios, de estos nervios que la víspera de todos los sorteos nos obligan a creer que vamos a alcanzar el *gordo*; de estos nervios nuestros, nunca hartos de jugarnos malas pasadas, que no nos dejan dormir la última noche de solteros, ni toleran que, antes de poseer la golosina ambicionada, ya nos empachemos de ella irremediablemente...

Después de todo, si no se hubiese inventado la víspera, ¿valdría la pena de soportar los dolorosos chascos que la vida nos reserva?

La víspera es el único día en que todo

lo que está a punto de sucedernos adquiere algún valor. Un *después*, por mucho que alardee y gesticule, no vale la sombra de ningún *antes*. Los sibaritas paladean, en caso de apuro, tanto las hambres como los hartazgos. Y aun sin apuro. En el oro y la angustia de iciosa de la víspera, ¿qué vale más que la conjetura, que la hipótesis, que la interrogación? La víspera es cuando realmente logramos. Al día siguiente nos bebemos los posos de la copa del día anterior; nos calentamos con las cenizas de la hoguera del día precedente. Nadie ha dicho que estos posos no embriaguen, ni mucho menos que estas cenizas nos dejen yertos. Pero somos así, lector amigo: por eso no nos explicamos nunca a punto fijo lo que queremos, y así anda de desorientada *ella*, que no sabe a qué carta quedarse.

Porque eso de que todas ellas tienen

una red nerviosa más sensible y alborotable que la nuestra, no suele ser siempre cierto. Nosotros, los calumniados hombres, los conquistadores, los que tomamos y dejamos, con la gloria de la iniciativa, soportamos el infierno de la responsabilidad. Nosotros, los del sexo fuerte, tenemos también nuestros *cuartos de hora* — cuartos de hora necios, indulgentes, divinamente estúpidos — que duran semanas y meses. En las batallas, como en las escaramuzas, nosotros parecemos salir vencedores; pero, vamos a ver, ¿quién acaba riendo, sino *ellas*?... Aunque nuestra petulancia nos haga ver lo contrario, ni lo importante ni lo urgente es ser primero, sino dar la sensación de que se puede ser último... Y aquí del valor incalculable de la víspera.

E. RAMÍREZ ÁNGEL



— Caballero, ¿sería usted tan caritativo que me diera aunque sólo fuese un par de zapatos?

## CUESTIONES DE POCO PESO

## INCONVENIENTES DEL RASCACIELOS

Cuando — hace de esto muy pocos meses — vió Madrid empinarse, hasta casi tocar en las nubes, las primeras casas de diez o doce pisos, no pudo menos de abrir de par en par su cortesana boca en un asombrado gesto de admiración. ¡Ooooh...!

Aquello venía a coronar la magnífica obra de progreso, de adelanto positivo, emprendida antes por el metro, los autobuses, los anuncios luminosos, la canalización del Manzanares, los *cabarets* de postín, el taxi y el *cottail*. Era el espaldarazo supremo que la civilización infería sobre las siete jorobas de la villa y corte, incorporándola solemnemente al concierto de las grandes ciudades modernas.

Los madrileños — siempre contempla-

tivos — se extasiaron ante aquellas obras colosales, como los egipcios ante la pirámide de Cheops, y como los parisienses ante la torre Eiffel. ¡Qué aire tan puro debía de respirarse desde aquellas alturas; qué espléndidos panoramas debían de contemplarse; qué amaneceres tan dulces y qué noches tan gratas! Daría gusto vivir allí, cerca de las estrellas rutilantes y serenas y lejos de los automóviles antropófagos y pestilentes. Y como aquí todo lo que sea novedad — especialmente si viene del extranjero — es, no sólo aceptado sin discusión, sino solicitado con lágrimas en los ojos, a medida que los rascacielos fueron tomando aspecto de construcciones formales, empezaron a llover sobre sus propietarios recomendaciones y em-

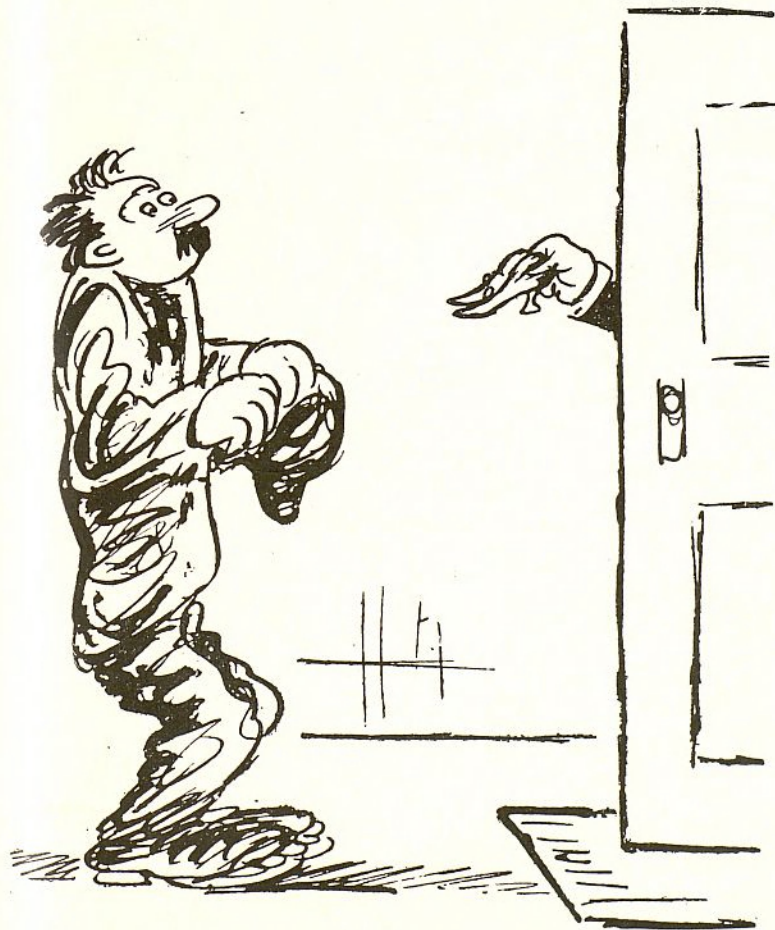
peños para tomar los pisos. Se entabló una lucha formidable, y con el exceso de demandas ocurrió lo que no podía menos de ocurrir: que aquellas casas, proyectadas para la clase media — según se dijo —, sólo pueden hoy habitarlas los multimillonarios.

En efecto: lo menos costoso de esos pisos es su alquiler, con estar éste a la altura que lógicamente corresponde a un rascacielos. Lo más caro es el servicio general y cotidiano de la casa. El inquilino que tiene la inmensa dicha de encontrar una Empresa de transportes que quiera llevarle los muebles, tropezará con la resistencia de los mozos del carro, que se negarán rotundamente a subir doscientos escalones cargados con armarios y baúles. Si, a fuerza de dinero, consigue, después de muchos disgustos, vencer esta dificultad, y logra verse instalado, nuevos inconvenientes, a cuál más grave y doloroso, torturarán su prometida felicidad. No habrá criada que quiera servirle, por no subir y bajar la escalera. Por la misma razón, será inútil que avise al lechero, al tendero, al carbonero, al pescadero y al panadero para que le provean de sus respectivos artículos, porque el panadero, el pescadero, el carbonero, el tendero y el lechero contestarán paladinamente que no les da la real gana de hacer la ascensión. Y una de dos: o el inquilino tiene que pagar a peso de oro los servicios de la doméstica y los suministros de los proveedores, o habrá de resignarse a desempeñar por sí los más humildes menesteres caseros, tales como barrer la cocina, encender la lumbre, lavar la ropa, hacer la compra y acarrear el saco de carbón o la zafra de aceite. ¡Una verdadera diversión!

¡Cuánto más razonables, más discretas y más cómodas eran aquellas antiguas casitas de tres o cuatro pisos, a pesar de sus pasillos angostos, de sus alcobas oscuras, de sus clásicas, irascibles y voraces chinches, y de sus porteras, no menos clásicas, voraces e irascibles! Pero esas casas desentonaban ya de la vida moderna impresa a Madrid por la gasolina y por el aperitivo. Había que armonizar con la civilización. Y ahí están los rascacielos, para quien quiera algo de ellos.

Yo, por mi parte, no quiero nada. Comprendo que la doctrina de Monroe encierra una gran verdad. América, para los americanos. Sí, señor; estamos de acuerdo. Y los rascacielos, para los neoyorquinos.

MARCIANO ZURITA

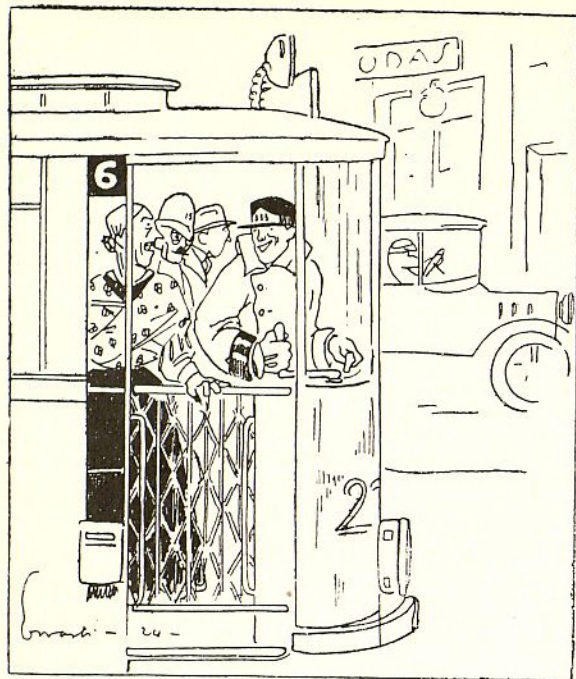


Dib. BERGSTRÖM. — París.

BER

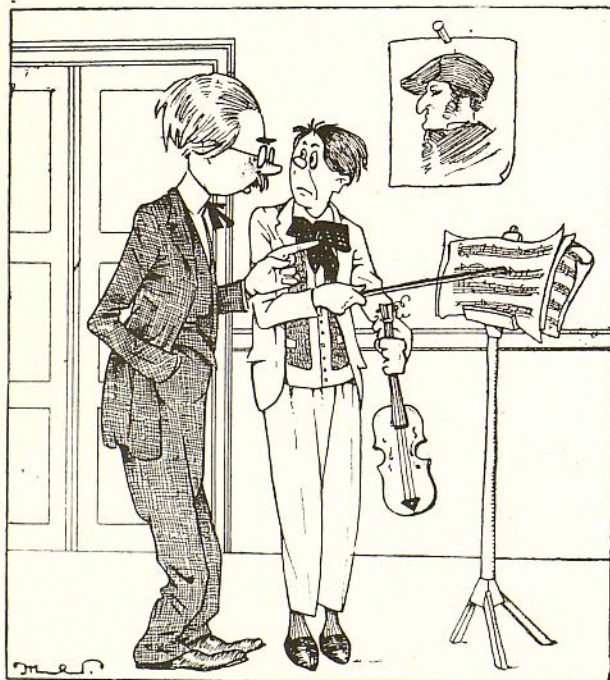
— Tome, hermano.

— ¡...!



Dib. ARTETA. — Bilbao.

— Oiga usted, conductor, ¿dónde es la parada?  
— ¡En la plaza de la Armería!



Dib. MEL. — Madrid.

— Maestro, estas notas están algo confusas...  
— ¿Confusas?... ¡Semifusas, pollo..., semifusas!...

## SOMOS... ASÍ

— ¡Te digo que no hay pueblo tan rumboso como el pueblo español!  
— ¡Quita allá!... ¡Si es el pueblo más mezquino que hay en la creación!

— Dime si no es rumboso, ciertamente, *dar largas a granel; regalar los oídos a cualquiera; no ser caro de ver;*

*cortar trajes; al más querido amigo, poner de oro y azul; echar roncas; a veces, repartir leña a la multitud;*

*hacer afirmaciones gratuitas; los impresos tirar; gastar bromas (¡y bromas «bien pesadas!»), e ir derramando sal.*

Ya ves que *multiplico los ejemplos, y pudiera seguir derrochando elocuencia; mas calculo que ya te convencí.*

— ¡Que te crees tú eso!... Pero escucha: en un decir Jesús te voy a demostrar yo lo contrario de cuanto afirmas tú.

¿Es generosidad *guardar* silencio, y *guardar* corrección, y miramientos, y orden, y decencia, y hasta *guardar* rencor?...

¿Es de rumbosos *no dar* pie con bola, ni fregua, ni cuartel, y aun *no dar* — aunque es ya más explicable — nunca el brazo a torcer?

¿Y limitarse a echar *un cuarto* a espadas aun el más parlanchín?  
¿Y dividir en *tercios*, nada menos que a la Guardia civil?

Todo el que fué soldado, dice siempre que el servicio *prestó*...

— ¡Alto ahí! Que yo tengo en el ejército un primo *gastador*.

— Vaya, no quiero ya *gastar saliva*, porque en vano ha de ser.

— En cambio, yo te escucho atentamente ¡y con *gran interés!*

— Te *ahorro* más molestias; el tranvía voy a *tomar*, ¿y tú?

— Voy a *echar* una carta y *dar* un pésame.

— ¡Hasta mañana!

— ¡Abur!

— Una palabra: en resumidas cuentas, ¿convendremos, al fin, qué somos, si rumbosos o mezquinos?  
— Pues que somos... ¡así!

MIGUEL-A. CALVO ROSELLÓ

# ¿ECHE USTED VELOCIDAD

Mister Stambul tenía un automóvil. Y ¿cómo no, verdad? En Nueva York, casi todo el mundo tiene automóvil. Allí, en cuanto alguien dispone de un poco de dinero, se compra un auto, conforme aquí, en cuanto uno es dueño de unas pesetas, instala un bar o funda un semanario festivo.

Y mister Stambul iba a la oficina en su auto, iba de visitas en su auto, iba de paseo en su auto, y, en fin, en su auto a todas partes iba, separándose de él únicamente lo indispensable. Y si no andaba por las habitaciones de su casa en automóvil también, no era más que por serle de todo punto imposible.

Pero, sobre todo, ¡con qué dicha arrancaba por una carretera a toda marcha! Corría, veloz, tragándose los kilómetros. ¡Oh, la emoción de caminar a ochenta o noventa por hora! ¡Cómo gozaba el hombre, al poner el pie en el acelerador, aumentando la velocidad! Treinta, cuarenta, setenta, ciento... El auto volaba, dando Stambul entonces un relincho de satisfacción.

Para él, la existencia no significaba más que dos cosas: un bidón de gasolina y un auto que ir guiando por una carretera lisa, a ciento o más por hora. ¡Qué felicidad, hacer apartarse rápidas a las gentes del camino, y, principalmente, qué placer el aplastar a las gallinas molestas que se colocan al paso! Pues ¿se concibe un auto por una carretera sin que haya unas gallinas que huyen, de entre las ruedas, asustadas?

Pero he aquí que, al ir una mañana a montar, vióse Stambul sorprendido con que no marchaba su automóvil. Al motor se le había antojado no funcionar debidamente. ¡Vaya por Dios! Y mister se desesperaba ante el capricho del vehículo, que se empeñó en hacerle la santísima.

Hasta que, al fin, tuvo que examinarle un mecánico de la casa donde le comprara, y, en resumidas cuentas, que eran necesarias unas reparaciones que la misma casa le haría. Total: cuestión de un par de semanas, a lo sumo.

Stambul, naturalmente, se horrorizó. ¿Iba él a estar tantos días sin auto? ¡Oh! La vida, para caminar a pie, le parecía un absurdo. Mas volvió su alegría al decirle el encargado:

— Claro está, señor, que nosotros, en atención a la preferencia con que honra esta casa, podemos dejarle mientras otro coche, si usted quiere.

¿Que si quería? ¡Ya lo creo! ¡Pues no faltaba más! Y, en efecto, en tanto se le arreglaban, dejáronle uno que habría de devolver cuando el suyo estuviera en disposición de llevarsele.

Así es que su vida siguió como antes. Con la ventaja de que con el cambio salía

ganando, ya que el auto dejado era mucho mejor y más bonito que el de su propiedad. Tanto, que al hallarse arreglado ya éste, cuando le pasaron aviso de que podía ir a recogerlo, Stambul se dijo:

— Esa gente es idiota. Se creerá que yo voy a devolverles el suyo, para llevarme el mío. Mientras pueda, me quedaré con éste, que me gusta mucho más que el otro.

Y, claro, maldito el caso que prestó a aquel aviso, ni a los que le siguieron. Y mister Stambul continuaba su existencia, dedicada exclusivamente a correr veloz por las carreteras.

Peró un día...

Un mal día, cuando caminaba con la máxima rapidez, ¡¡¡zas!!!, el automóvil tuvo la indiscreción, la inoportunidad imperdonable de meterse en una casa, por el tabique trasero, sin pedir permiso. Stambul, después de hacer una artística y elegante pirueta en el espacio, cayó varios metros más allá, perdido el conocimiento. El coche quedó completamente destrozado. Fué preciso llevar al chófer en otro automóvil a su casa, y lo que del suyo quedaba lo condujo al garage una carreta, que marchaba orgullosa, dando aquella lección a la velocidad.

Cuando, al cabo de unos días de guardar cama, con ligero magullamiento, pudo levantarse Stambul, fué su primera visita, naturalmente, al garage, a enterarse del estado del auto. Y al verlo todo roto, abollado, deshecho, lloró de tristeza. En seguida, haciéndole filósofo el dolor, y considerando aquellos restos como algo de su ser, exclamó:

— Nada; está visto. No somos nadie.

Y luego, iluminándose su rostro de alegría repentina:

— ¡Ah!

Una cosa hubo pensado. Y marchóse, rápido, a la casa de los automóviles. Una vez en ella, habló:

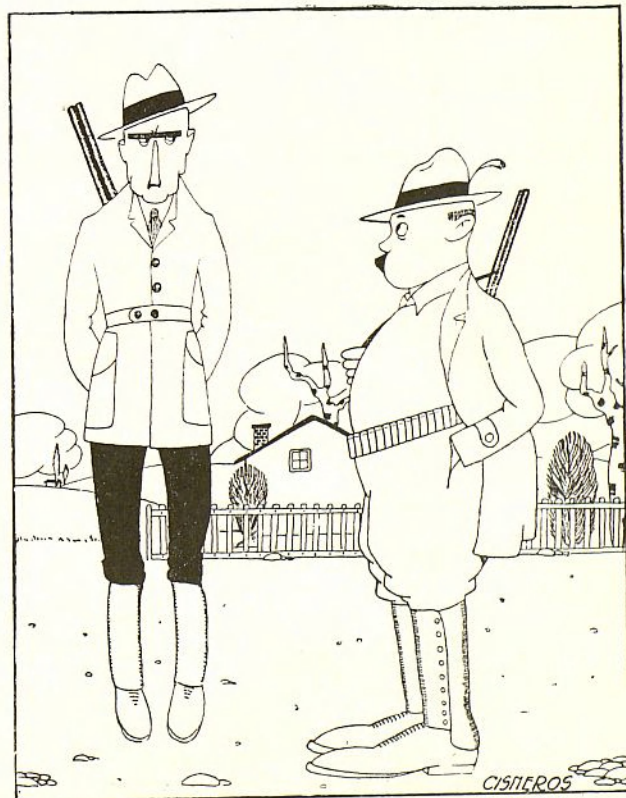
— Buenos días. Vengo por el automóvil que traje a arreglar hará cosa de un mes. Ustedes me perdonarán el no haber venido antes; pero me ha sido materialmente imposible. Mis ocupaciones... Mis numerosas ocupaciones...

— Bien, bien. Puede llevarsele cuando guste. En cuanto al otro...

— ¡Oh! — atajó mister Stambul —. El otro, el que me dejaron ustedes en tanto arreglaban el mío, cuando quieran... pueden ir por él a mi garage.

ENRIQUE ESTEBAN DE VERA

Dib. CISNEROS  
Madrid.



— Tengo un perro que es una maravilla: salgo de casa, y a las dos horas le sueltan y me encuentra. ¿Qué le parece?

— ¡Que debe usted bañarse con más frecuencia!

# DEL BUEN HUMOR AJENO

## BENEFICENCIA PÚBLICA, por Alfred Capus

EL JEFE DE OFICINA. — ¿Qué desea?

UN HOMBRE (*andrajoso*). — Algún socorro, si es posible. Me muero de hambre.

EL JEFE DE OFICINA. — No digo lo contrario. ¿Dónde están sus documentos?

EL HOMBRE. — ¿Qué documentos?

EL JEFE DE OFICINA. — Los documentos que prueben que tiene usted hambre. ¿No trae usted una carta de recomendación?

EL HOMBRE. — No.

EL JEFE DE OFICINA. — ¿No conoce usted a ningún diputado ni senador? ¿Ni siquiera al alcalde de su barrio? En fin, ¿de qué barrio es usted?

EL HOMBRE. — No lo sé.

EL JEFE DE OFICINA. — ¿Dónde vive?

EL HOMBRE. — No tengo domicilio.

EL JEFE DE OFICINA. — ¡Sin domicilio!...

¿Y cuáles son sus medios de existencia? ¡Hum!... ¡Carece de recursos!... Pues bien: amigo mío, tendrá usted que volver. Busque al comisario de su distrito y tráiganos una certificación legalizada en papel sellado de sesenta céntimos, acreditando que se muere de hambre. Entonces nos ocuparemos de usted.

EL HOMBRE. — Yo creía que la Beneficencia pública...

EL JEFE DE OFICINA. — La Beneficencia pública tiene necesidades más interesantes que aliviar. (*Entra un señor vestido correctamente con una levita negra. Saluda al jefe de la oficina.*) Mire usted un verdadero pobre, un pobre animoso. ¿Marcha usted bien, señor Dupont? (*Le estrecha la mano.*) Vendrá

usted a recoger su socorro. ¿Sigue bien su señora? ¡Me alegro!... ¿Qué lleva debajo del brazo?

EL SEÑOR. — Un manojo de espárragos que acabo de comprar. En casa nos gustan muchísimo.

EL JEFE DE OFICINA. — ¡Qué buenos están los espárragos! ¿Y ese paquetito?

EL SEÑOR. — Una torta para los pequeños... ¡En casa nos morimos por los dulces!

EL JEFE DE OFICINA. — Aquí tiene usted el bono para recoger su socorro. (*Al primer pobre.*) Tome ejemplo de este hombre; viva con orden; vístase convenientemente; ya no se llevan harapos. Y cuando tenga algunas economías, vuelva usted a verme y le daré un socorro todas las semanas. (*Le despide.*)

M. V.

BUEN HUMOR se vende en LONDRES en Coin de France, Ltd.

17, Green Street, Leicester Sq.

¡MUJER!

BELLEZA, PLACERES,  
ILUSIÓN...

**SELLO YER**

SALUD, ALEGRIA,  
BIENESTAR...

Suprima usted los dolores nerviosos  
y sera usted dichosa



## CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

**BUEN HUMOR**

APARTADO 12.142

MADRID

**R. C. 60.**—Su trabajo es deleznable, como ala de mariposa agonizante.

**M. L. Madrid.**—Hemos admitido y publicaremos con un inmenso placer, sólo comparable al que proporciona el primer beso de amor, su abracadabrante narración denominada «La perdición de un alma». ¡Enhorabuena!

**Horacio Huertas.**—No sabemos ni linda palabra del original a que usted se refiere. Repita el envío.

**Cándido el Pessimista.**—Eso que usted nos cuenta sin el menor embarazo (aunque con cierto embarazo indiscreto), nos lo han contado ya muchas veces. Y lo malo es que nunca nos ha hecho refr. se lo juramos a usted por la «salud» de Víctor Hugo.

**Sir Sigh.**—Demasiado atrevidas esas observaciones cinemáticas, aunque compartimos en todo su opinión.

**J. de la O. Sevilla.**—Un poquito blasfemo resulta eso, ¡que Dios y San Pedro le perdonen!

**J. Guadilla, Bilbao.**—Egregio amigo: Nos hemos tomado las diez pesetas de café, a que usted nos obligó con su monstruosa galantería. ¡Y hace un mes que no podemos pegar los ojos! ¡Y es que dos duros de café, ingeridos a la fuerza, son capaces de desvelar a Homero, que ya sabrá usted que dormía de vez en cuando!

**Regular, Tetuán.**—Usted es «regular», y hasta para nosotros, que somos patriotas, puede usted llegar a ser «morrocotudo». Pero su trabajo en verso es lo contrario que usted. ¡Vamos, que es malísimo, y no lo hacemos por alabarle!

**Fod Naner, Murcia.**—No sabemos nada de «La pastizara de Guadaña». El chiste último es tan atroz y desafortado, que no nos sirve.

**Figarito, Sevilla.**—Su original, que no está mal del todo, no llega a estar todo lo bien que deseáramos para publicarlo. Los números atrasados de BUEN HUMOR se remiten a petición, enviando su importe y los gastos de franqueo y certificación, cantidad que la puede usted mandar en sellos de Correos, procedimiento nuevo, breve, cómodo y hasta elegante.

**Jacinto de Compostel, Guadalajara.**—Su artículo empieza bien, pero acaba lamentablemente.

**Campoamor, (¡agírra!!)**—Sus versos también acaban mal... Pero, bueno, empiezan todavía mucho peor...

**Dario E. Solís, Buenos Aires.**—Su cuento es demasiado oloroso para que nos decidamos a apenar con él. Debía usted haberlo escrito en papel higiénico, y nos hubiéramos prevenido.

**E. Guillot, Valencia.**—Su artículo es una cosa breve, fugaz, transitoria, baladí, fútil, inconsistente, liviana y candorosa. ¿Quiere usted que no lo publiquemos?... ¿SI? ¡Pues de acuerdo!

**El Elefante, Zaragoza.**—Tampoco creemos que usted sea tan mal amigo nuestro que nos obligue a publicar su composición. ¿A que no quiere usted ponernos en ese aprieto?... ¡Vamos, diga usted que no, sea generoso, y no sabe usted cuán de verdad se lo agradeceremos! ¡Seremos sus esclavos toda la vida!

## PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGRONO

**A. S. Boezo.**—Anticuadillos sus dos trabajos. Hoy las corrientes van por otro lado; no sabemos si mejor o peor, pero por otro.

**El marqués de Alonso, Madrid.**—Excelentísimo señor: es una pena que su cuentecillo no sea excelentísimo, como usted; pero no lo es. ¡Y conste que al cuento no le damos el «tratamiento» que merece, que lo merece muy duro!... Haga usted cosas mejores, o renuncie a su título. ¡Nobleza obliga, querido prócer!

**L. R. M. Madrid.**—«Las musas y el Carnaval» es una cosa asaz triste y dolorosa para que podamos hacer nada con ella, salvo el sentir muchísimo las desgracias que en ella se relatan.

**A. M. Milmaricos.**—Su cuento ocuparía las veinticuatro páginas de BUEN HUMOR, y todavía quedaría un pequeño pedazo para el número siguiente. Además, es cochineté y vejete. ¿Le parece a usted que lo tiremos al cesto? ¡Pues allá va!

**M. G. B. Escorial de Abajo.**—No podemos hacer uso de sus dos últimos trabajos, el uno por viejo y el otro por joven e inocente.

**Nipep, Madrid.**—Tiene menos gracia que José Ramos Martín.

**Zalacain, Bilbao.**—Archi-conocidísimo, resobadísimo y antehelvianísimo su cuento vasco.

**Uno de los etros, Cáceres.**—No ha tenido usted la suerte de convencernos con esas muestras de su ingenio. Son muestras sin valor, que dicen en Correos.

**L. F. R. Pontevedra.**—Lo de usted tampoco tiene valor ninguno. En cambio, usted, al mandárnoslo, demuestra un valor de lo más heroico que anida en pechos humanos.

**B. G. H. Madrid.**—Lo mismísimo que le dijimos a usted de los «Ecos de Sociedad», se lo volvemos a repetir respecto a los «Sucesos» que nos envía: que eso ya lo hacemos aquí. ¡Por qué no hace usted algo propio, personísimo y originalete, a ver si acierta? ¡Es cuestión de calentarse un poco la cabeza!

**Sailo.**—Eso está bien para una ligera cachupinada, con pastas y vino blanco.

**J. M. O. Madrid.**—No nos han hecho gracia sus versos chulapones. Son de una «desinificancia» constenadora.

**El Melanio de Aydir, Melilla.**—Un soneto es poca cosa para publicarlo. Se acaba en seguida, como usted sabe. Y conste que el suyo no está mal confeccionado. ¡Ya quisiera Weyler, para su indumentaria, una confección tan acabada!

**Pichirichi.**—Sin llamarte cosas feas, como temes, no tenemos más remedio que llamárselas a tu artículo... ¡Tu artículo es un infame, un miserable, un mal hablado (y un mal escrito), un tal y un cual, etc., etc.!... Y todavía nos callamos la mar de cosas, por no ofenderle demasiado...

**Enrique del Ebro, Zaragoza.**—Un poquito ingenua esa aventura de don Juan. Si tuviese algo más de gracia...

## CALZADOS LLORENTE

Carmen, número 25.

Los mejores de Madrid. A la presentación de este anuncio, se hará el 10 por 100 de descuento.

**Simón Dragas, Bilbao.**—El asunto es muy conocido y está sobradamente explotado por la mar de ingenios nacionales y extranjeros. En el estilo hay soltura, gracia y hasta justicia. No sería una tontería que probase usted fortuna de nuevo.

**Soplillo, Linares.**—¡Es usted más bruto que Carpentier, más soso que Alcalá Zamora y más tonto que Pichote!...

**A. C. G. Madrid.**—Su artículo jeje, denominado «El nuevo reglamento», puede pasar... ¡Al cesto, se entiende!

**P. R. M. San Fernando.**—Bien contado y con gracia. Lo que pasa, es que eso mismo ya nos lo han referido la mar de amigos y conocidos nuestros, aunque no con tanto salero como usted, ¡hay que ser francos!

**Manolo Porlan, Tánger.**—Querido y admirado amigo: esas cuartillas que usted dedica al escritor más porcino y más acochinado de España, no las publicamos por la sencilla razón de que a ese caballero le daría usted con ello una satisfacción en lugar de un pesar. ¡El socio que nos ocupa es así, y como lo que él quiere son reclamos, no es cosa de hacerle el artículo, hacer el primo y que él se frote las manos sarcástica y regocijadamente!

**Rafael, Madrid.**—Esclarecido pollo: es conveniente que se atice usted unos cuantos «tutes» dibujando, a ver si consigue perfeccionarse y dar con algo que nos complazca, cosa que no sabe usted lo bárbaramente que nos alegraría.

## ALBERTO RUIZ

JOYERÍA.—CARRETAS, 7

Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

**La sociedad del Ku-Klux-Klan.**—¡A nosotros no nos asustan ustedes!... Por tanto, y sin temor alguno, les decimos que su artículo es una cosa que no se paga ni con la vida.

## CASA JIMÉNEZ

Primera casa en

## OBJETOS PARA REGALOS

Aparatos fotográficos.  
Cinematografía.

Preciados, 58 y 60.

**R. Adeflor, Utiel.**—El dibujo nos parece bien; pero si quiere usted que se publique, lo tiene que mandar en negro y hecho con tinta china solamente. El artículo no nos convence del todo, ni aunque lo hiciese usted con tinta norteamericana, que es la más cara que hay.

**L. H. Madrid.**—Queda aceptada con todas sus consecuencias su desorbitado relato titulado «La terrible avería». ¡Felicidades y buena entrada de año!

**Casquina, Madrid.**—No podemos hacer nada con su «Constipado». Ni siquiera decirle a usted cómo le podría curar. ¡Y lo deploramos, porque es bastante grave!

# EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

**Máquina de escribir**  
**UNDERWOOD**  
La mejor del mundo.  
Modelos modernos.  
**ALCALÁ, 39. — MADRID**

Se habla de un temblor de tierra en un pueblo del Japón. Y pregunta una dama a un japonés presumido:  
—¿Habrán tenido ustedes un miedo atroz?  
—Sí, señora. ¡Pero la tierra temblaba mucho más que nosotros!

Rafael García Palencia.  
Madrid.

—¿De qué manera se debían suicidar los carboneros?  
—Tirándose desde un quinto piso para hacerse «cisco».

Petra Díez. — Bilbao.

A don Severo le ha prohibido el médico toda clase de bebidas alcohólicas y cosas picantes. Tiene que ir con un amigo a los Cuatro Caminos, y, al ver que su acompañante se dispone a tomar el Metro, le dice:

—Perdóneme usted. Pero yo tengo que ir en el tranvía.

—¿No le gusta a usted el Metropolitano?

—Muchísimo. ¡Pero no puedo tomarle, porque «pican» los billetes!

Pedro Soria. — Madrid.

**FAJAS DE GOMA**  
Sostenes IDEAL  
**PRESA** Fuencarral, 72.  
Teléfono 48-00.

—¿En qué se parece un cirujano al agua de Carabaña?

—En que los dos hacen operación.

Taco y Palmo. — Deusto.

**LA TÉCNICA**  
Carrera de San Jerónimo, 3, principal.

CLASES PRÁCTICAS

DE

Reforma de letra :: Cálculo :: Teneduría de libros :: Mecanografía :: Taquigrafía. Máquinas de calcular :: :: :: :: :: ::

Aquí se facilitan a los alumnos medios de ganar sin abandonar sus clases.

Carrera de San Jerónimo, 3, principal, y calle de Santiago, 6 y 8.

Representantes de la máquina de escribir MERCEDES

En la Puerta de Atocha, un quinto se encuentra a un oficial y se dirige a él alargándole la mano.

—Muy buenas. ¿Qué tal está usted?

—Pero, muchacho, ¿tú me conoces a mí?

—Yo, no señor; pero es

En cierto Instituto había un catedrático muy corto de vista, y sus alumnos, para burlarse de él, metieron un asno en la clase.

El profesor, viendo un bul-

*En treinta Juegos florales han premiado al que esto escribe, porque usa para inspirarse Licor del Polo de Orive.*

to que hacía sombra, dijo dirigiéndose adonde se hallaba:

—¡Oiga, haga el favor de sentarse entre sus compañeros!

Santiago Santacréu.  
Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Canuti-to de Madrid.**

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



**Agua RADIUM**

TINTURA PARA EL PELO  
Con una sola aplicación se logran  
— matices permanentes —

Cortés, Hermanos. — Barcelona

—¿Cuál es la población más ingeniosa de España?  
—Barcelona, porque tiene «Gracia».

E. Sala.

—¿En qué mes hablan menos las mujeres?

—En febrero, porque sólo tiene veintiocho días.

M. Gallego. — Castrejón.

Entre «curdas».

—¿Qué te parece esta copa de vino? ¡Tiene diez y nueve años!

—¡Muy pequeña para la edad que tiene!

C. Porrillo. — Madrid.

que el sargento me ha dicho que salude a todos los oficiales que vea.

WXW. — Madrid.

**AMADOR**  
— FOTÓGRAFO —  
PUERTA DEL SOL, 13

Un caballero penetra en una casilla de baños.

El encargado le da un número en una plancha de cinc, diciéndole que se lo meta en un bolsillo del pantalón.

—¿Y para qué sirve esto?

—pregunta el bañista.

—Para reconocer a los ahogados.

Wallace Novarro.  
Madrid.

**HERNIAS**  
Bragueros científicamente.  
J Campos  
único MEDICO  
ORTOPEDICO  
de MADRID  
Augusto Figueroa 8



**Bodegas de los CEAS**

Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.

Alberto Aguilera, 29. Teléfono J. 10 59.

—¿En qué se parece un «pollo bien» a un tranvía parado?

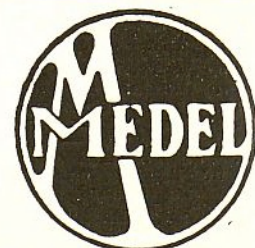
—En que «es-pera».

Espontánea. — Valladolid.

—¿Por qué los perros, cuando ven a su amo, meanean la cola?

—Porque la tienen.

M. H. y A.



**GRAN VÍA, 18**  
JUGUETES  
COCHES DE NIÑO

# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



## Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN  
Gran Premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre esta  
marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., manteniendo la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

**Tintura Winter** Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

**Angelical Cutis** LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

**Pelifero Belleza** Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

**Loción Belleza** Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

**Almendrolina Belleza** CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA,

marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

**ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS** A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

**Polvos Belleza** Calidad superfinísima y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— **Canarias:** droguerías de A. Espinoso. — **Habana:** droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — **Buenos Aires:** A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

# BUEN HUMOR



— ¿Sabes, Matilde, que Antonio ha pedido mi mano?

— Me lo figuraba.

— ¿Por qué?

— Porque cuando le di calabazas me juró que iba a hacer una barbaridad.

Dib. ULICA.— Madrid.

GA

— Va